

# **Un intento de democratización: política sindical durante el gobierno del general Lonardi**

(23 de septiembre a 13 de noviembre de 1955)

GUILLERMO E. GINI

En este trabajo hemos pretendido analizar la peculiar relación establecida entre el primer gobierno posperonista y la Confederación General del Trabajo. A pesar del vacío documental (no hay actas de la CGT para el período\*), hemos logrado reconstruir un proceso poco conocido y en general relegado por lo breve ante el más largo proceso del resto de la Revolución Libertadora.

En septiembre de 1955 el general retirado Eduardo Lonardi, que ya había participado de varias conspiraciones desde 1951, decidió encabezar una revolución abandonada por el general Aramburu. Mientras este último entendió que todo intento estaba destinado al fracaso ese año, Lonardi consideró que la situación era propicia, a pesar de que los oficiales comprometidos eran pocos y las unidades a favor eran ínfimas en comparación con las supuestamente leales al gobierno. Inició el movimiento en Córdoba el 16 de septiembre y llegó triunfalmente a Buenos Aires el 23, donde fue recibido por una multitud inmensa.

De lo antedicho, sin embargo, se deduce que la conspiración estaba en marcha desde antes que Lonardi asumiera la jefatura y que las lealtades a su persona no estaban asentadas. Por otra parte, ésta reunía elementos políticamente heterogéneos tanto en el ejército como entre los civiles, sin acuerdo sobre un programa de gobierno y unidos básicamente por el objetivo fundamental de expulsar a Perón del poder. Los partidos políticos tuvieron poca participación, pero derrocado Perón en forma inmediata se apersonarían sus líderes en Casa de Gobierno para participar de los despojos. Todo esto planteaba una serie infinita de interrogantes, de los cuales uno de los más importantes era qué hacer con la Confederación General del Trabajo (CGT), aquella organización que era considerada la columna vertebral del peronismo.

Lonardi, ya fuera que lo tuviese pensado de antemano o que se decidiera durante los combates de la Revolución, intentó responder a ese cuestionamiento evitando el enfrentamiento abierto con los trabajadores,

\* Según nos informaron en el Archivo de la sede de Azopardo.

conservándoles sus derechos y buscando la democratización del poder sindical por medio de elecciones transparentes para renovar su dirigencia. Tal respuesta implicaba una concepción que no era compartida por algunos de los que habían participado del esfuerzo revolucionario, y la fricción entre las visiones divergentes sería causa fundamental para el derrocamiento del Presidente en menos de dos meses.

En este breve trabajo intentaremos exponer el desenvolvimiento de la política sindical de Lonardi, desde los días de la lucha revolucionaria hasta el de su derrocamiento, y las luchas que se dieron en torno a sus proyectos. El enfoque no es el habitual, pues la bibliografía en general ha presentado a Lonardi como a un nacionalista y a veces como un neoperonista: el trabajo que publicamos se enmarca dentro de una investigación sobre todo el gobierno del presidente Lonardi que estamos desarrollando, y la documentación nos ha enseñado un hombre distinto de los calificativos con que en general lo ha presentado la historiografía. Lonardi era un demócrata convencido, y trataría de introducir la democracia en el mundo sindical, pues confiaba en que por ese camino Perón quedaría en la historia como un mal recuerdo; ése es el tema central de las siguientes páginas.

El trabajo se apoya en abundante bibliografía, en documentación oficial, en testimonios inéditos y publicados de la época, en entrevistas a participantes de los hechos y en la confrontación de periódicos de la época. Los órganos periodísticos estaban claramente distribuidos: *La Nación* y *Clarín* mantenían una cierta independencia, aunque se unían al coro general de las críticas constantes al gobierno depuesto; *La Prensa* pertenecía a la CGT y expresaba la opinión de ese organismo; *La Vanguardia*, que renació bajo el gobierno de Lonardi tras años de clausura, inspirada en el socialismo atacaba la política conciliatoria del gobierno y a los nacionalistas que se encontraban en él; finalmente, una serie de diarios que Perón había incorporado a la "cadena" como *El Mundo*, *Crítica* y *La Razón*, habían sido intervenidos por el Dr. Busso, ministro de Interior y Justicia, y respondían al ala más dura del gobierno llegando incluso a expresarse claramente en contra de la política sindical del presidente. El *Boletín Oficial* es de escasa utilidad en este período pues aparece desordenado, publicándose durante todo el gobierno de Lonardi leyes y decretos del gobierno anterior, y los del nuevo gobierno aparecen desordenados o algunos quedan sin publicar, por lo que recurrir a los Anales de Legislación Argentina es muy útil como complemento<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> ROBERTO A. FRAGA PATRAO (director), *Anales de Legislación Argentina*, La Ley, Buenos Aires, 2ª edición de 1961, t. XV-A.

## 1. RELEVANCIA DEL TEMA

El problema sindical, evidentemente, conformaría una de las líneas fundamentales en la política del período posterior a la caída de Perón. Por ello Lonardi, desde el comienzo, actuó de manera prudente con el objeto de atraerse a los obreros, pero a la vez indicando que algo debía cambiar, que las relaciones gobierno-sindicatos habrían de ser diferentes. Por el poder económico y de movilización de los sindicatos no eran éstos tema que pudiera dejar de lado partido alguno. Por otra parte las opiniones se encontraban claramente divididas entre aquellos que pensaban que los sindicatos tenían una función concreta y fundamental en el país y que las conquistas sociales eran legítimas y debían conservarse; aquellos otros que deseaban destruir el poder sindical identificado como parte de la maquinaria del poder del “tirano en el exilio”; y, por último, aquellos que comulgaban con las ideologías de izquierda, y que, desplazados de la dirección gremial por una década, veían en la revolución la oportunidad de recuperar su dominio. Los dos últimos grupos, aunque muy diferentes en su extracción social e ideas se aliarían, tácitamente, contra el primero:

La creciente preocupación de los partidos políticos no peronistas, los sindicalistas “democráticos”, las entidades empresarias, los diarios serios y los integrantes de las Fuerzas Armadas frente a un presidente que se manifestaba dispuesto a evocar en los obreros la imagen de un padre o un hermano y se declaraba contrario a la destrucción de los “instrumentos de derecho público laborales” estuvo vinculada con algunas circunstancias que hicieron que la cuestión sindical se transformara en el eje principal en torno al cual se dieron los principales conflictos políticos durante los escasos dos meses del gobierno de Lonardi<sup>2</sup>.

Para Ochoa de Eguileor y Beltrán, la política sindical de Lonardi sería un punto clave para comprender su desplazamiento del poder el 13 de noviembre. Según ellos el presidente provisional habría iniciado una política de apaciguamiento y continuidad respecto de la etapa peronista. Para ello permitió la subsistencia de la CGT y el Partido Peronista, pareciendo, a la vez, querer mantener los cambios y desplazamientos de poder de la década

<sup>2</sup> MARCELO CAVARAZZI, *Sindicatos y política en Argentina*, Centro de Estudio de Estado y Sociedad, Buenos Aires, 1984, p. 14.

anterior. Pero la Marina y los intereses perjudicados por Perón exigirían una marcha atrás y provocarían su caída<sup>3</sup>.

Es importante comprender que del mismo modo que el gobierno no respondía a una sola visión del país, el sindicalismo no era de ninguna manera un movimiento homogéneo, y que aunque hubiera una importante mayoría, los grupos minoritarios no dejaban de tener algo de poder. Según Cavarozzi, los peronistas representaban alrededor del 70% de los trabajadores, pero entre ellos sólo un pequeño grupo de jerarcas abogaba por el retorno de Perón, mientras que los dirigentes más jóvenes se hallaban dispuestos a negociar con el nuevo gobierno con el objeto de sostener las conquistas sociales de la época peronista. El resto, es decir el otro 30% lo formaban los “independientes”, radicales, socialistas, comunistas y ex laboristas, todos antiperonistas. El grupo minoritario se aliaría pronto tácitamente con los enemigos de la política del presidente, mientras que el grupo de dirigentes peronistas menos conocidos, que accedería a la secretaría general a principios de octubre, negoció con el Ministerio de Trabajo apoyado por los ministros fieles a la política de Lonardi:

Sólo el Ministerio de Trabajo y Previsión, desempeñado por el doctor Cerrutti Costa, desarrollaba una acción de aproximación en los gremios obreros, alentado por los organismos burocráticos del Ministerio de Guerra, como lo he dicho, y también por el general Uranga, Ministro de Transportes<sup>4</sup>.

## 2. INTENCIÓN DEMOCRATIZADORA DE LONARDI

Desde la “Proclama Revolucionaria”, dada en Córdoba el 17 de septiembre, Lonardi hizo su primer llamado a los trabajadores a cooperar con él. Ya estableció entonces la que sería su línea de conducta:

Sepan los hermanos trabajadores que comprometemos nuestro honor de soldados en la solemne promesa de que jamás consentiremos que sus derechos sean cercenados. Las legítimas conquistas que los amparan, no sólo serán mantenidas sino superadas por el espíritu de solidaridad cristiana y libertad que impregnará la legislación [...]<sup>5</sup>.

<sup>3</sup> J. OCHOA DE EGUILLEOR y V. R. BELTRÁN, *Las Fuerzas Armadas hablan, estudio de las actitudes formalizadas de las fuerzas armadas respecto de los problemas político sociales en períodos críticos (1943-1963)*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1968, pp. 42-43.

<sup>4</sup> BONIFACIO DEL CARRIL, *Crónica Interna de la Revolución Libertadora*, Emecé, Buenos Aires, 1959, p. 162.

<sup>5</sup> LUIS ERNESTO LONARDI, *Dios es justo, Lonardi y la Revolución*, Francisco A. Colombo, Buenos Aires, 1958, pp. 96-100.

La promesa y el tono paternal se mantuvieron en el “Discurso Programa”<sup>6</sup>.

Ya he dicho en Córdoba que los sindicatos serán libres y que las legítimas conquistas de los trabajadores serán mantenidas y superadas. Tanto como la de mis compañeros de armas, deseo la colaboración de los obreros y me atrevo a pedirles que acudan a mí con la misma confianza con que lo hacían con el gobierno anterior. Buscarán en vano al demagogo, pero tengan la seguridad de que siempre encontrarán un padre o un hermano.

Esta propuesta no escondía ningún corporativismo, sistema al que Lonardi no adscribía sino que surgía de su concepción democrática y liberal:

La libertad sindical, [es] indispensable para la dignidad del trabajador...

Por ello consideraba que su gobierno:

es mucho más favorable a los trabajadores que el régimen depuesto. No he pensado intervenir la CGT. Mi propósito es inmiscuirme lo menos posible en la vida autónoma de las organizaciones obreras. Los obreros están naturalmente inclinados a la práctica de una sana democracia y espero tener en ellos los mejores auxiliares de mi gobierno.

No cabe tomar las últimas palabras para sostener la teoría de un peronismo sin Perón. La relación que Lonardi pretende establecer con los obreros es absolutamente diferente. Los obreros serán auxiliares en cuanto demócratas, no a modo de una columna vertebral de un partido que Lonardi nunca pretendió crear ni liderar. El discurso paternalista es fruto de una conciencia de la existencia real de la masa obrera sin cuya colaboración era imposible lograr el ideal de Lonardi: un país sin vencedores ni vencidos, una verdadera democracia, la unidad nacional.

Lonardi entendía que herir a la masa obrera con un discurso agravante o con hechos francamente perjudiciales para sus intereses significaría aglutinarlos en una oposición sorda o abierta que destruiría la posibilidad de alcanzar su ideal y resucitaría el atractivo de Perón. A esta intuición sumaba su sentido democrático: los obreros eran libres para agremiarse y defender sus derechos. Lonardi pretendía superar al peronismo, pues había intuido que, como explica Ortega y Gasset, una postura antiperonista estaba condenada al fracaso, como todos los “antis”, que pretenden volver a la época en que lo

<sup>6</sup> LUIS ERNESTO LONARDI, *op. cit.*, pp. 213-221.

rechazado no había existido. El peronismo había existido y había cambiado radicalmente a la Argentina. Lonardi reconoció ese cambio e intentó reconstruir la Argentina desde esa realidad y hacia sus ideales, que lejos estaban de ser peronistas.

En este punto no sólo entraban en juego su realismo y su democratismo, sino también su sensibilidad social. Los obreros tenían derechos legítimos que debían ser protegidos, por lo que libertad sindical tendría un sentido muy concreto:

En ningún caso dividiré a la clase obrera, para entregarla con defensas debilitadas a las fluctuaciones de nuestra economía y de nuestra política. La libertad sindical no es la anarquía de las organizaciones obreras, ni la supresión o desnaturalización de los órganos de derecho público indispensables para la integración profesional<sup>7</sup>.

Decíamos que las relaciones que Lonardi pretendía establecer con los sindicatos eran radicalmente distintas de las del régimen anterior. Para Lonardi los sindicatos no eran para la política, eran sólo para la defensa de los derechos de los obreros. La politización de los sindicatos redundaba en perjuicio de éstos, pues terminaba por someterlos a la autoridad y subordinarlos a los intereses del partido, como había pasado durante el régimen peronista. Esta idea fue fielmente expresada por el ministro de Trabajo Cerrutti Costa en un discurso dado el 13 de octubre:

Es necesario que la democracia sindical se imponga definitivamente y que, libres [los obreros], logren fortalecerse definitivamente y formar una central obrera potente y enérgica.

.....  
El gobierno va a respetar las organizaciones sindicales. Pero no puede confundirse “organizaciones sindicales” con “organizaciones políticas” [...] Cada compañero que tenga ideas políticas que las exprese en el partido político; pero en el sindicato sólo debe haber sindicalismo<sup>8</sup>.

Lonardi intentaría plasmar ese ideario en la legislación, y especialmente por medio de un plan de elecciones limpias de autoridades gremiales.

<sup>7</sup> Del comunicado del 12 de noviembre, en LUIS ERNESTO LONARDI, *op. cit.*, pp. 225-232.

<sup>8</sup> LN, 14-10-55, p. 1.

### 3. LOS PRIMEROS DÍAS

Iniciada la Revolución en Córdoba, uno de los temores fundamentales de los revolucionarios y de todos los opositores al régimen era que Perón, por intermedio de la CGT, impulsara a los obreros armados a la guerra civil. En un primer momento esta posibilidad estuvo a punto de concretarse. El 18 de septiembre, Hugo Di Pietro, el entonces secretario general de la organización, habló por radio convocando a los obreros a la lucha:

La acción contra cualquier foco insurrecto debe ser enérgica y decidida, sin contemplaciones de ninguna especie. Todo trabajador luchará con las armas y medios que tenga a su alcance, para aniquilar definitivamente a los traidores de la causa del pueblo que se han levantado contra el gobierno y los que intentaren hacerlo. Todos los trabajadores se mantendrán en contacto con sus respectivos Sindicatos y Delegaciones Regionales de esta Central Obrera para la acción conjunta o individual que corresponda<sup>9</sup>.

Este discurso, a tono con los últimos de Perón, sufrió un giro de ciento ochenta grados al día siguiente, cuando la CGT por un comunicado:

se dirige a todos los compañeros y compañeras exhortándoles a permanecer en el más perfecto orden y siguiendo, exclusivamente, las indicaciones de la Central Obrera. Por lo tanto cada trabajador debe permanecer en su trabajo y en contacto con su respectiva organización sindical, evitando ser confundido con grupos provocadores que pretenden alterar el orden<sup>10</sup>.

La CGT había comprendido de qué lado estaba la victoria y se preparaba para negociar con los triunfadores. No valía la pena sacrificarlo todo; los mensajes que llegaban de Córdoba indicaban que el jefe de la Revolución estaba dispuesto a dialogar. Así el 21 en otro comunicado continuaba:

En momentos en que ha cesado el fuego entre hermanos y por sobre todo se antepone la Patria, la Confederación General del Trabajo se dirige una vez más a los compañeros trabajadores para significarle la necesidad de mantener la más absoluta calma [...]

Cada trabajador en su puesto, por el camino de la armonía, para mostrar al mundo que hay en los argentinos un pueblo de hombres de bien; pues sólo,

<sup>9</sup> LP, 19-9-55, p. 2.

<sup>10</sup> LP, 20-9-55, p. 1.

en la paz de los espíritus es posible promover la grandeza de la Nación, que es el modo de afianzar las conquistas sociales<sup>11</sup>.

Ese mismo día *La Prensa*, órgano entonces perteneciente a la CGT, en un editorial de estilo machacón y casi críptico, invitaba a los vencedores, por medio del diálogo, a hacer un poco la vista gorda y obtener la unidad nacional:

Y para que tanto mal no sea realidad, las consignas tendrán que ser claramente expuestas en la mesa de las deliberaciones. Buscar la paz de los argentinos; proyectar y construir los cauces de una fraternidad que se sobreponga a lo temporáneo; remodelar procedimientos pero dejando a salvo postulados definitivamente inscriptos en las conciencias porque así lo decidió el pueblo, unir voluntades y afanes para proseguir por senderos de concordia, son lineamientos que no pueden ser tachados de partidistas ni ser excluidos por banderías. Proceder de otro modo; *enredarse en lo intrascendente; dar validez a lo personal en desmedro de lo general; analizar los detalles que valen muchísimo menos que el conjunto, serán –entre otros– escollos que imposibilitarán un andar que permita la unidad del pueblo argentino*<sup>12</sup>.

Según Daniel James:

The CGT's attitude was in line with Peron's own fatalistic reaction to the coup and, with the virtual abdication of the political wing of the movement, the CGT certainly showed no inclination to stand alone and adopt an aggressive stance toward the rebels<sup>13</sup>.

Por otra parte, según algunos autores, hacia el final del gobierno de Perón los líderes gremiales habían perdido representatividad en las bases por su constante subordinación a los designios del presidente. Según Louise Doyon:

<sup>11</sup> LP, 22-9-55, p. 1.

<sup>12</sup> LP, 21-9-55, p. 2. La cursiva es nuestra.

<sup>13</sup> DANIEL JAMES, *Resistance and Integration, Peronism and the Argentine Working Class, 1946-1976*, Cambridge University Press, New York, 1993, p. 43. Se trata de uno de los análisis más lúcidos de la cuestión sindical en el período que estudiamos y existe traducción al castellano.



hay que admitir que al final los trabajadores se enfrentaron con sus organizaciones, que perdieron el espíritu combativo que caracterizó el período anterior<sup>14</sup>.

En ese momento, en que la situación era todavía confusa, algunos patronos decidieron que había llegado la hora de librarse de obreros que no habían podido echar impunemente durante el régimen recientemente caduco. En Mendoza, respondiendo al espíritu ya proclamado por Lonardi en sus comunicados, el interventor, general de brigada Roberto Nazar, debió actuar en favor de los obreros:

En la provincia de Mendoza y ante el conocimiento de que algunos obreros fueron despedidos por sus patronos, el Comando Revolucionario anunció que la “revolución no es para los patronos”, advirtiendo al mismo tiempo que cualquier cesantía debería ser inmediatamente denunciada y que sería considerada como un acto de sabotaje<sup>15</sup>.

Así se iban sentando las bases para la colaboración entre el gobierno y el poder sindical, que durante una década había disfrutado de amplias ventajas, y que, consciente de su importancia, no estaba dispuesto a cederlas todas. De todos modos, en este principio de acercamiento, además de entrar en juego la concepción política de Lonardi, eran aspectos importantes el temor que se provocaban mutuamente ambas partes. La CGT temía la pérdida de sus logros, de sus bienes, y algunos dirigentes probablemente también temían por sus situaciones personales. El nuevo gobierno temía enfrentarse contra una parte importante de la población que causaría graves perjuicios al país y podía dificultar sensiblemente el desenvolvimiento económico del mismo.

El 23 de septiembre Lonardi llegó a Buenos Aires, y desde la Casa de Gobierno dirigió su discurso-programa a la población que se encontraba en la Plaza de Mayo. El 24, el editorial de *La Prensa* hacía el siguiente comentario:

<sup>14</sup> “Conflictos obreros durante el régimen peronista (1946-1955)”, en *Desarrollo económico*, n° 67 de octubre-diciembre 1977, p. 473.

<sup>15</sup> LP, 23-9-55, p. 1. A pesar de la claridad con que el gobierno se expresó y actuó siempre respecto de este punto, este tipo de situaciones se repitieron a los largo de los dos meses de gobierno de Lonardi. Así, el 21 de octubre *La Nación* publica un comunicado del Ministerio de Trabajo en que se anuncian severas sanciones para quienes continúen en tales caminos.

Al referirse el general Lonardi a la colaboración que espera de los obreros de esta tierra, expresó que podían acercarse al presidente provisional con LA SEGURIDAD QUE SIEMPRE ENCONTRARÁN UN PADRE O UN HERMANO. Esta afirmación, en boca de un general del Ejército, es garantía suprema que el pueblo acepta sin reservas<sup>16</sup>.

El acercamiento con las autoridades centrales del gremialismo nacional se había logrado. En la mayor parte del país no se produjeron conflictos. La única zona realmente complicada fue la ciudad de Rosario, donde la paz llegaría recién el 28 de septiembre. Allí, el 23, se produjeron tiroteos con armas largas, y los transportes públicos circularon con leyendas peronistas. El Estado Mayor Naval solicitó al capitán de navío Jorge Perren el envío a Rosario de un batallón de Infantería de Marina, a lo que éste se negó. Al día siguiente recibió un mensaje del almirante Rojas que le informaba que el general Uranga había viajado a Rosario para resolver el problema<sup>17</sup>. Esta información era incorrecta, pues quien había viajado a Rosario era el general León Justo Bengoa<sup>18</sup>. Entre tanto, allí se producía un paro ferroviario y tropas del Ejército ocupaban una unidad básica del partido peronista en que se planeaba una manifestación. Más tarde las tropas dispersaron grupos de manifestantes en el barrio sur de la ciudad<sup>19</sup>. El 25 murieron tres manifestantes en choques con el ejército y la policía. Los rebeldes utilizaron francotiradores que asesinaron a otras dos personas. La ciudad quedó a cargo del capitán de fragata (R) Pedro Faveroe<sup>20</sup>. El general Bengoa se reunió con los dirigentes de la CGT rosarina y lograron llegar a un acuerdo por el cual éstos se comprometieron a acatar las directivas de la Central y declararon que ellos no habían dispuesto el paro<sup>21</sup>. Tras el acuerdo, los ferroviarios retornaron al trabajo y se reanudó el servicio. En los barrios “extremos” de la ciudad, fuerzas del Ejército continuaron las guardias, con las que colaboraban los vecinos en los barrios “residenciales”. Esa misma tarde la ciudad volvió a la normalidad<sup>22</sup>, con lo que el 28 se levantó el toque de queda<sup>23</sup>.

<sup>16</sup> LP, 24-9-55, p. 2.

<sup>17</sup> JORGE ENRIQUE PERREN, *Puerto Belgrano y la Revolución Libertadora*, Instituto de Publicaciones Navales del Centro Naval, Buenos Aires, 1997, pp. 297-299.

<sup>18</sup> Crítica, 26-9-55, p. 4.

<sup>19</sup> LN, 25-9-55, p. 4.

<sup>20</sup> LN, 26-9-55, p. 2.

<sup>21</sup> Crítica, 26-9-55, p. 4.

<sup>22</sup> LN, 26-9-55, p. 2.

<sup>23</sup> LN, 29-9-55, p. 4. Según DANIEL JAMES el conflicto fue mucho más grave que lo que mostró la prensa argentina, y recomienda como fuente el *New York Times*, *op. cit.*, p. 50.

Tanto Cavarozzi<sup>24</sup> como Baily<sup>25</sup> coinciden en considerar este conflicto en Rosario, junto con algunas luchas que se produjeron en Berisso, Ensenada y Tucumán, como las únicas expresiones de una defensa, popular para el primero y sindical para el segundo, de Perón. Sin embargo, la facilidad con que los dirigentes rosarinos se avinieron a las negociaciones con el general Bengoa y el rápido desenlace del conflicto hacen parecer que se trataba más de una lucha por las conquistas sociales que a favor del ex presidente: cuando los líderes cegetistas recibieron de boca del militar la promesa del respeto de sus conquistas según el espíritu que el presidente quería imprimir a su gobierno, inmediatamente eliminaron el enfrentamiento.

Mientras tanto en Buenos Aires continuaban las negociaciones y el acercamiento. El presidente Lonardi recibió a De Pietro el 24 y el 25 de septiembre. A las seis de la tarde del 25, éste dirigió un mensaje a los trabajadores por Radio del Estado confirmando a los trabajadores que el Presidente tenía en cuenta sus anhelos:

La Confederación General del Trabajo, con el propósito de aclarar la situación del movimiento obrero ante los actuales acontecimientos, se ha entrevistado, en la mañana de hoy, con el presidente provisional de la Nación, general Eduardo A. Lonardi, quien ha reiterado que el general Perón goza de las más amplias garantías en lo que se refiere a su seguridad personal, de acuerdo con las normas del derecho de asilo.

Afirmó el señor presidente provisional que su gobierno garantiza firmemente a los trabajadores y a sus organizaciones sindicales la vigencia plena de la justicia social lograda hasta el presente, concretada en las leyes y convenios conquistados, así como también el más amplio respeto a la Confederación General del Trabajo y a los sindicatos que la integran, y la seguridad para actuar en defensa de los derechos e intereses de los trabajadores; y que las medidas tomadas por gobiernos locales con respecto a algunas organizaciones del interior del país, las mismas serán reconsideradas por el gobierno nacional, dentro de la orientación señalada en esta entrevista.

Aseguró, asimismo, el general Lonardi, que no existe propósito alguno del gobierno de intervenir la Confederación General del Trabajo ni a las organizaciones que la componen; y que el Poder Ejecutivo no modificará la situación del diario LA PRENSA<sup>26</sup>.

<sup>24</sup> MARCELO CAVAROZZI, *Sindicatos y...* cit., p. 15. El autor señala el periódico *Democracia*, de Rosario, como fuente fundamental para seguir el desarrollo del conflicto.

<sup>25</sup> SAMUEL L. BAILY, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

<sup>26</sup> LP, 26-9-55, p. 1.

#### 4. LEGISLACIÓN DESDE EL MINISTERIO DE TRABAJO

Como ya hemos indicado, el Ministerio de Trabajo fue asumido por el Dr. Luis Benito Cerrutti Costa, hombre proveniente de la justicia laboral, en la que había actuado como abogado gremial, en el último tiempo en la Unión Obreros Metalúrgicos. Se introducía así un hombre cercano al peronismo, con importantes contactos en los sindicatos y amplio conocimiento de la situación de la justicia y de la legislación laboral. Por supuesto que esto allanaba los caminos para el trato con la CGT, pero a la vez implicaba conflictos con el ala antiperonista dura del gobierno y la izquierda sindical y política.

Al asumir el cargo, según su subsecretario Rodolfo Bledel, el organismo no se encontraba en sus mejores condiciones:

Quando asumimos los cargos en el Ministerio de Trabajo y Previsión, nos encontramos con un órgano burocráticamente anquilosado. Carecía de órganos técnicos de consulta tanto con referencia a las cuestiones sociales propiamente dichas, como con relación a los problemas conexos, sobre todo de naturaleza socioeconómica<sup>27</sup>.

Cerrutti Costa intentó, desde el principio, imponerle energía y un ritmo positivo a su tarea. Sabía que debía demostrar que era intención del presidente cumplir con la palabra dada, y que necesitaba ganar espacio de negociación con los gremialistas. Al presentarse en el Ministerio se dirigió a los empleados expresando su fidelidad a la política descrita por el Presidente:

Mi labor está dirigida a cumplir los objetivos que inspiran al gobierno provisional y solicito a todo el personal que continúe en sus puestos. Nadie tiene que preocuparse por su situación personal, ya que serán respetados en sus cargos siempre que hayan actuado con honradez y honestidad<sup>28</sup>.

El 28 de septiembre afirmó que deseaba convertir su Ministerio en un departamento técnico, donde sin demagogia se escuchasen los problemas de los obreros. Anunció la pronta publicación de un estatuto del personal doméstico que daría protección legal a los empleados de ese rubro, estableciendo jubilaciones, licencias por enfermedad e impedimentos a los

<sup>27</sup> RODOLFO BLEDEL, *Memorias de un político invisible*, edición del autor, Buenos Aires, 1990, p. 71.

<sup>28</sup> LP, 28-9-55, p. 3.

despidos intempestivos. Este anuncio respondía directamente a un pedido hecho por la CGT a través del editorial de *La Prensa* del día anterior<sup>29</sup>. También anunció una nueva ley de accidentes de trabajo, por considerar arcaica a la entonces vigente. Aclaró que la ley de asociaciones profesionales continuaba en vigencia aunque se estudiarían algunas reformas para mejorarla, así como que se estudiaría a fondo el régimen jubilatorio<sup>30</sup>.

Cerrutti buscó beneficiar a los obreros con el objeto de aliarlos al Gobierno, o por lo menos tener cartas favorables en los momentos de negociación. Desde el principio tuvo presente la proximidad del 17 de octubre, fecha que podía originar conflictos graves por su significado para los peronistas y antiperonistas, y la realidad de que en marzo del año siguiente, 1956, debían renegociarse los convenios colectivos de trabajo. Además de los anuncios ya relatados, el 30 se reunió con representantes de las federaciones industriales. Les solicitó que consideraran la posibilidad de pagar los sueldos correspondientes a los días de la revolución en que los obreros no habían trabajado. Algunos dieron un sí inmediato y otros se comprometieron a considerarlo<sup>31</sup>.

Para dar tranquilidad a los obreros, la ley de alquileres fue prorrogada por tres meses, hasta el 31 de diciembre, con el objeto de encontrar para entonces una “solución de fondo” al problema<sup>32</sup>. El 10 de octubre se modificó la Ley 9668 de accidentes de trabajo, que era anterior a 1919, aunque había sido modificada en 1954. El decreto ley definió claramente quiénes estaban sujetos a la indemnización por accidentes de trabajo y en el camino al trabajo, y en qué condiciones; se establece la forma de obtener el monto de la indemnización, instituyendo topes, tanto para ésta como para el sepelio, que correría por cuenta del patrón en caso de muerte<sup>33</sup>. No sólo se hicieron reformas y mejoras, también insistió en el cumplimiento de leyes ya existentes,

<sup>29</sup> LP, 27-9-55, p. 2.

<sup>30</sup> LN, 29-9-55, p. 2. Cabe aclarar que poco antes de la Revolución se estaba tratando en el Congreso una ley para establecer el estatuto del servicio doméstico.

<sup>31</sup> LN, 1-10-55, p. 2.

<sup>32</sup> LN, 30-9-55, p. 2. Decreto n° 160 en BO n° 17.995 del 4-10-55, s. 1, p. 1. El complemento de esta ley se decretó el 3 de noviembre, al prorrogarse también, por un año, la Ley 13.246 de arrendamientos que los mantenía congelados a pesar de la inflación acumulada.

<sup>33</sup> LN, 4-10-55, p. 1. Decreto n° 650 en BO n° 18.009, 24-10-55, s. 1, p.1 Según *La Vanguardia* la iniciativa de la reforma habría provenido del Dr. Alfredo L. Palacios, socialista. LV, 27-10-55, p. 3.

como la que obligaba a las empresas con más de 50 obreras a tener salas maternas<sup>34</sup>. Ya cercano el 17 de octubre se hizo una importante modificación de la Ley 11.933 de maternidad. Ésta databa de 1934, aunque había sido reajustada en 1944. La mujer embarazada, que antes recibía 30 días de licencia antes del parto y 45 después paso a percibir 60 antes del parto, 45 después y un subsidio de 800 pesos inembargable. El subsidio establecido anteriormente era de 200 pesos, y había quedado atrasado por la inflación. Además esta reforma incluía por primera vez al servicio doméstico<sup>35</sup>.

Estas reformas eran aprovechadas por el ala más dura del gobierno para criticar el régimen vencido a través de la prensa. Los diarios de la cadena, intervenidos por el ministro del Interior, Eduardo B. Busso, que hasta el 19 de septiembre habían alabado unánimemente a Perón, ahora lo denostaban con la misma uniformidad:

[Titular] “Mejora el Gobierno de la Libertad la Ley sobre Maternidad”  
 [Subtítulo] “Conquista Social Seria, Eficaz y *sin Demagogia*” [y en un apartado titulado:] “Obras son amores” [se expresa lo siguiente:]  
 “*Sin alardes demagógicos*, sin publicidad, pero con la austera dignidad de verdaderos y auténticos hombres de Estado, al servicio del pueblo –del pueblo con libertad–, se acaba de superar una de las conquistas sociales logradas por la clase trabajadora<sup>36</sup>.”

Por su parte, Cerrutti Costa no dejaba de invocar el apoyo del Presidente a su tarea. El 13 de octubre, en un discurso a los secretarios de los gremios, tras enumerar las mejoras que se estaban concretando en esos días, dijo:

Por eso, compañeros, en el camino de las conquistas obreras creo que estamos demostrando que nosotros vamos por el camino que ustedes quieren. Y yo tengo un deber, un deber de lealtad y de honor, de decirles que el patrocinador de todo este empuje que estamos haciendo en el campo de la legislación obrera es el general Lonardi, actual presidente de la República<sup>37</sup>.

<sup>34</sup> LN, 14-10-55, p. 1.

<sup>35</sup> LP, 16-10-55, p. 3. Cfr. en *Anales de Legislación Argentina*.

<sup>36</sup> *Crítica*, 16-10-55, p. 3. La cursiva es nuestra.

<sup>37</sup> LN, 14-10-55, p. 1.

## 5. LA BATALLA POR LOS SINDICATOS

### 5.1 *Asalto a las sedes gremiales*

A pesar de todo lo arriba establecido, la situación estaba lejos de ser idílica. Por el contrario, todos estos actos tenían como telón de fondo una sorda lucha por el dominio de los sindicatos que se libraba en Buenos Aires y en el interior entre las autoridades cegetistas y los autodenominados “sindicalistas libres”, es decir antiperonistas. Estos últimos se lanzaron literalmente al asalto de los locales sindicales para apropiarse a la vez de su conducción:

El procedimiento utilizado fue en casi todos los casos el mismo: “trabajadores constituidos en Comandos Civiles Revolucionarios” (generalmente con la participación, incluso a veces explícitamente reconocida, de tropas de la Marina) asaltaron, generalmente en horas nocturnas, las sedes gremiales expulsando a sus ocupantes y designando autoridades provisionales. En casos como los de Bahía Blanca y Mar del Plata, donde el control de los gobiernos locales era ejercido por oficiales de la Marina las ocupaciones fueron paralelas a intervenciones decretadas por las nuevas autoridades gubernamentales<sup>38</sup>.

Un ejemplo concreto de lo descripto por Cavarozzi puede encontrarse entre las noticias del 4 de octubre:

Obreros en disidencia con las autoridades que ejercían su mandato hasta el presente tomaron posesión anoche, a las 22:30, de la Unión Tranviarios Automotor, sita en Moreno 2969.

Inmediatamente fue designada una comisión directiva provisional [...] <sup>39</sup>.

El número de entidades asaltadas fue muy importante<sup>40</sup>. Una de las primeras fue La Fraternidad, tomada por ferroviarios el 30 de septiembre. A partir de entonces se produce una catarata de asaltos, aunque no todos exitosos. Esta situación irregular se tradujo en una doble presión para el Gobierno. Por un lado los grupos de izquierda sindical lo presionaban para que reconociera a las nuevas autoridades que surgían de los asaltos, apoyados

<sup>38</sup> MARCELO CAVAROZZI, *Sindicatos y...* cit., pp. 20-21.

<sup>39</sup> LN, 4-10-55, p. 2.

<sup>40</sup> Entre los distintos órganos de prensa y la bibliografía consultada hemos constatado unos 40 pero el número es sin duda mayor, pues muchos de los hechos ocurridos en el interior no eran informados en la prensa de Buenos Aires.

también por los diarios independientes de corte liberal, como *La Nación*. El 29 de octubre, refiriéndose a la toma de un sindicato, *La Nación* afirma que los dirigentes de origen cegetista lucharon para conservar su autoridad, mientras que los trabajadores “democráticos” lucharon:

para dar auténtica libertad al gremialismo argentino<sup>41</sup>.

En otra noticia publicada días antes, establecía:

Los propósitos de recuperación de sus organismos sindicales por parte de los trabajadores democráticos desplazados de ellos por su insobornable profesión de fe en esenciales principios de libertad ciudadana y dignidad gremial, tuvieron en la víspera nuevas manifestaciones con la toma de posesión de nutrida representaciones de trabajadores [de diversas sedes sindicales]<sup>42</sup>.

El Gobierno recibía la otra presión de la CGT, que exigía la devolución de las sedes copadas por los “democráticos”. Obviamente las expresiones de su órgano periodístico, *La Prensa*, apuntaban en la dirección contraria a la de *La Nación* y otros diarios:

Porque los mismos que defienden la proscripción política en los sindicatos, trabajan activamente para copar las organizaciones gremiales con la finalidad de hacerlas embanderar en sus corrientes partidistas<sup>43</sup>.

Con el objeto de conservar la alianza con el Gobierno y de responder a las manifestaciones en contrario de los antiperonistas, la CGT no cesaba de proclamar su asepsia política:

Es imprescindible que la opinión comprenda una situación que, de no ser bien interpretada, puede derivar en un desentendimiento pernicioso para toda la comunidad. Nos referimos a la posición de la Confederación General del Trabajo, central que aglutina a todos los órganos gremiales de la Nación. Y *la posición de esta institución es de total y absoluta prescindencia política*, [...]<sup>44</sup>.

<sup>41</sup> LN, 29-10-55, p. 1.

<sup>42</sup> LN, 6-10-55, p. 1.

<sup>43</sup> LP, 2-10-55, p. 2.

<sup>44</sup> *Ibidem*, la cursiva es nuestra.



Con el correr de los días la situación se volvía cada vez más confusa. A veces Cerrutti Costa, y hasta el mismo general Lonardi, debía recibir en su despacho innumerables comisiones representativas de uno u otro bando y hasta se dio el caso de que atendiera el mismo día a los “tomadores” y a los “expulsados” del mismo gremio. La respuesta del Gobierno fue incoherente: en algunos casos se reconoció a las nuevas autoridades, en otros se las desconoció y se las invitó a devolver el edificio ocupado, y a veces se usó de la fuerza pública para devolverlos a las autoridades expulsadas. Cualquiera fuera la respuesta generaba airadas críticas y nuevas visitas por parte de los diferentes grupos.

La confusión elevó la tensión. El 3 de octubre, Cerrutti se vio obligado a hacer una declaración, tímida por cierto, mientras comenzaba a buscarse una solución de fondo:

Algunos episodios que se han producido en estos días –lucha de fracciones entre diversos sectores– son características propias en el campo sindical de todos los tiempos, y en el gobierno anterior sucedió en repetidas oportunidades. Por ello este ministerio se permite aconsejar que, producida la amnistía [gremial], se busquen soluciones patrióticas y democráticas, llamando a elecciones en todos aquellos sindicatos donde pueda agudizarse la lucha de tendencias<sup>45</sup>.

Ese mismo día los trabajadores “independientes” se habían entrevistado con Lonardi, a quien explicaron que estaban preparando una huelga para obtener del Gobierno la intervención de los gremios en manos de peronistas y le solicitaron la intervención de la CGT.

## 5.2 *El pacto del 6 de octubre*

La dirigencia cegetista no se dejó anonadar por el panorama, y tras una reunión en pleno de los secretarios, el 4 envió una nota al Presidente en la que deploraba los hechos ocurridos y aprovechaba para:

Señalar que todas las organizaciones que integran la CGT están dispuestas a afrontar en elecciones realizadas de conformidad con los estatutos que regían a cada una, la voluntad soberana de los afiliados, para que éstos elijan democráticamente los hombres que han de regir los destinos de cada entidad.

<sup>45</sup> LN, 4-10-55, p. 2.

[...] aceptan que estas elecciones se celebren a la brevedad posible, previa una amplia amnistía sindical y que las mismas sean fiscalizadas por el Ministerio de Trabajo y Previsión, o cualquier otra autoridad que se considere conveniente.

Dirigirse a las autoridades para solicitar que, mediante el imperio de la ley, pongan fin a las ocupaciones de sindicatos [...]»<sup>46</sup>.

La cúpula dirigente de la CGT había dado el primer paso hacia un gran sacrificio personal. Ya el 4 corrían rumores sobre la renuncia del secretario general Hugo De Pietro y todo el secretariado de la central obrera<sup>47</sup>. Al día siguiente, tras largas negociaciones, a las 22:30, el ministro Cerrutti Costa anunció oficialmente el suceso:

En las últimas horas de hoy el secretariado de la CGT y el Consejo Directivo renunciaron y entregaron la CGT en manos de Andrés Framini, obrero textil, Luis Nattalini, del Sindicato de Luz y Fuerza, y Dante Viel, de Unión del Personal Civil de la Nación. La entrega de la CGT se hizo con sujeción a las siguientes condiciones: Se dispensaba la más amplia amnistía para todos los miembros del movimiento sindical argentino. Se llamará a elecciones en todos los gremios dentro de los 120 días, con el contralor del Ministerio de Trabajo y Previsión, y de acuerdo con lo que establece la ley de asociaciones profesionales<sup>48</sup>.

Para Cerrutti los sucesos eran en gran parte obra suya, pues él habría comentado a los dirigentes gremiales que la Marina pedía la cabeza de De Pietro pero que el objetivo de ésta era la intervención de la CGT. Como consecuencia los gremialistas se habrían presentado con la idea de la renuncia del secretario y la propuesta del triunvirato Viel-Framini-Nattalini<sup>49</sup>. Por otra parte los triunviros pertenecían al consejo directivo de la CGT cuando De Pietro renunció<sup>50</sup>.

Además, el comunicado dado por la CGT el 6 de octubre indicaba que la renuncia tenía validez en la medida en que el gobierno cumpliera su parte de

<sup>46</sup> LN, 5-10-55, p. 1.

<sup>47</sup> *Ibidem*.

<sup>48</sup> LN, 6-10-55, p. 2.

<sup>49</sup> JUAN CARLOS TORRE y SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ, *Ejército y sindicatos (los 60 días de Lonardi)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969, p. 141.

<sup>50</sup> *Idem*, p. 33.

lo pactado, se hicieran las elecciones de acuerdo con los estatutos de cada gremio, y se pusieran los interventores de la CGT en las sedes en conflicto<sup>51</sup>.

Con este pacto, que se sellaría el día siguiente, el Gobierno pretendía poner fin al conflicto gremial. Todas las aspiraciones deberían estar satisfechas: la amnistía permitía a todos los trabajadores, peronistas o antiperonistas, afiliarse al gremio y ser candidatos para la elección. Con la fiscalización del Ministerio se garantizaba un comicio limpio en que la masa trabajadora elegiría democráticamente a sus conductores. Sin embargo, los asaltos no cesaron, y los pedidos de intervención de la CGT por parte de los obreros “democráticos” y su entrega a ellos mismos no sólo no amainaron, sino que, por el contrario, arreciaron cada vez más fuertemente. La realidad era sencilla: los “democráticos” se sabían una minoría y tenían conciencia de que en elecciones verdaderamente libres y democráticas la mayoría de los elegidos serían peronistas.

Para el Gobierno el recambio de la cúpula sindical debía significar un respiro. La continuidad de De Pietro a la cabeza de la CGT era fuente de críticas y presiones por sus vinculaciones con el régimen anterior. Las nuevas autoridades eran menos conocidas, aunque era evidente su extracción peronista. Sin embargo no hubo paz, pues mantener la CGT funcionando, aunque fuera por medio de elecciones libres, significaba para muchos mantener en pie la maquinaria peronista. Y nadie se engañaba tampoco en el mundo político respecto del resultado de las elecciones libres. Paradójicamente éstas darían un resultado que era considerado de antemano como antidemocrático por los antiperonistas.

Para De Pietro el paso dado era uno hacia el costado. Se alejaba de la conducción sindical abandonando una posición personal muy ventajosa. Como explicó el editorial de *La Prensa*:

La situación que amenazaba con convertirse en serio conflicto dentro del sector obrero ha tenido el final que la patria esperaba: un digno y honroso

<sup>51</sup> En copia mimeográfica del original en el archivo de la CGT. Los gremios a ser intervenidos eran La Fraternidad, la Unión Obreros y Empleados Municipales, Federación Argentina de Trabajadores de Edificios de Renta y Casas Particulares, Unión Trabajadores Gastronómicos de la República Argentina, Unión Tranviarios Automotor, Asociación Bancaria, Sindicato Empleados del Tabaco, Federación Obrera del Tabaco, Federación Gráfica Argentina, Asociación Marítima Argentina, Federación Obreros y Empleados Telefónicos de la República Argentina, Sindicato de Vendedores de Diarios, Revistas y Afines, Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido, Sindicato Conductores de Taxis-Zona B Puerto Nuevo y Sindicato de Actores.

renunciamiento por parte de las autoridades de la Confederación General del Trabajo [...] <sup>52</sup>.

Según Baily la exclusión de De Pietro de la dirección de la CGT se debió a una

importante rebelión peronista en las bases, que condujo a la exclusión de la generación más vieja de dirigentes peronistas intransigentes <sup>53</sup>.

Es cierto que su figura, atada a la imagen del gobierno de Perón, se había vuelto menos representativa. Por otra parte De Pietro sabía perfectamente que su alejamiento tendía a facilitar la conservación de las conquistas laborales y no implicaría un cambio en la orientación de la CGT, pues la conducción continuaba siendo peronista.

Al día siguiente se firmó el pacto según lo expresado por Cerrutti en su comunicado, con el agregado de que el gobierno se comprometía a sostener a las nuevas autoridades designadas, es decir a los interventores de la CGT que se nombraron, de acuerdo con el gobierno, para muchos de los gremios tomados por los trabajadores “democráticos” <sup>54</sup>. Un suceso extraño fue la desaparición de Dante Viel de la nueva dirección de la central obrera. No estuvo al día siguiente en la firma del pacto ni volvió a aparecer en las reuniones con Cerrutti Costa ni con el presidente Lonardi. Según Baily fue excluido sin que se le dieran explicaciones <sup>55</sup>. Es probable que su desaparición se debiera a que pertenecía a un gremio de trabajadores del Estado, lo que hubiera dado lugar a fricciones entre la nueva cúpula sindical y un gobierno que pensaba despedir a una parte de éstos, por lo menos a los que no realizaran tareas reales en servicio del Estado.

A pesar de todo, prácticamente nada cambió. Algunos de los interventores no pudieron hacerse cargo de los sindicatos que se les habían encomendado, en otros debieron aceptar colaboradores impuestos por obreros del gremio, además continuaron las “visitas” y las “notas” a Cerrutti y al Presidente, y los asaltos de sedes gremiales. Al día siguiente del convenio, Cerrutti Costa se vio obligado a dar un comunicado en un tono mucho más duro:

<sup>52</sup> LP, 8-10-55, p. 2.

<sup>53</sup> SAMUEL L. BAILY, *Movimiento obrero...* cit., p. 174.

<sup>54</sup> LP, 7-10-55, p. 3. Ver apéndice 9, tabla 2

<sup>55</sup> SAMUEL L. BAILY, *Movimiento obrero...* cit., p. 174. Según DANIEL RODRÍGUEZ LAMAS fue vetado directamente por Lonardi, aunque no indica una causa concreta, en *La Revolución Libertadora*, CEAL, Buenos Aires, 1985, p. 154, cfr. n° 16.

Que toda acción de fuerza que tienda a modificar la situación vigente dentro de los gremios, y a la que se arribara como resultado de la solución orgánicamente obtenida dentro del respeto de la autonomía sindical, ampliamente difundida por los periódicos, será considerada como alteración fundamental del orden, recordando que este Ministerio hará uso de todos los resortes legales que le competen para reprimirla [...]<sup>56</sup>.

Ese mismo día fue asaltada y recuperada luego por la fuerza pública la Unión Argentina de Artistas de Variedades junto con la Asociación Marítima Argentina, tomada con anterioridad<sup>57</sup>. Al día siguiente, 8 de octubre, el ministro debió desmentir el rumor de que De Pietro se había apoderado nuevamente de la conducción de la CGT<sup>58</sup>. También se enteró que la Unión Ferroviaria, tomada y recuperada días antes, había vuelto a ser ocupada, y que la Unión Tranviarios Automotor, para la cual se había designado interventor, se hallaba ocupada por trabajadores “democráticos”<sup>59</sup>.

### 5.3 *El 17 de octubre de 1955*

El mismo 8 de octubre los dirigentes sindicales “libres” enviaron un telegrama al general Lonardi solicitando la renuncia del ministro Cerrutti Costa porque:

[Natalini, Framini y Viel...] todos ellos [estuvieron] identificados con el régimen totalitario y [fueron] activos militantes del mismo.

[Su designación...] Constituye una maniobra para asegurar su reelección o la de elementos agentes de la dictadura depuesta que para tal fin utilizarán el aparato que sirvió a la misma para someter a los gremios a sus propósitos de dominación política.

[Cerrutti, que apoyó el procedimiento...] No es una garantía de imparcialidad en la necesaria y urgente tarea de reorganizar los sindicatos sobre las bases del sindicalismo libre propiciadas por el Excmo. Sr. Presidente<sup>60</sup>.

En medio de esta lucha comenzó a hacerse presente la fecha del 17 de octubre, ya muy cercana. Inmediatamente se inició una campaña por parte

<sup>56</sup> LN, 8-10-55, p. 1.

<sup>57</sup> *Ibidem*.

<sup>58</sup> LN, 9-10-55, p. 1.

<sup>59</sup> *Idem*, p. 2.

<sup>60</sup> LV, 20-10-55, p. 4.

del Gobierno y de la oposición para evitar que se utilizara el 17 para no ir al trabajo, con el significado político que ello acarrearía. A la cabeza de la campaña de los sindicalistas “democráticos” se puso el autotitulado “Movimiento pro Recuperación del Gremialismo Libre”, dirigido por Francisco Pérez Leirós<sup>61</sup>, Julio Duré Ameghino, José Fontanella, Mauricio Díaz, Arturo Huertas y Manuel Pardo. Éstos emitieron un comunicado en que afirmaban que no trabajar el 17 de octubre entrañaba una actitud contrarrevolucionaria y que:

la propaganda o la coerción, amenazas y cualquier otro hecho tendiente a impedir el traba[j]o el día 17 de octubre deben ser contrarrestadas y al mismo tiempo denunciar a este organismo a quienes pretenden perturbar.

[...] toda propaganda incitando a no concurrir a sus tareas habituales será considerada como acto revolucionario y en consecuencia debemos proceder para sofocarlos como revolucionarios.

4. Los trabajadores libres deben [...] d) Estar en permanente contacto con este organismo *para que en caso necesario se utilicen los equipos de persuasión a fin de desbaratar cualquier intento de alteración de las normas expuestas*<sup>62</sup>.

Una agrupación civil se asignaba a sí misma los calificativos de *democrática y libre*, y se proponía apropiarse de la función represora del Estado de acuerdo con las normas que ella misma exponía en un comunicado: expresión que encarnaba el espíritu de lo que ya comenzaba a llamarse “gorilismo”.

El Gobierno, por su parte, también se esforzaba por lograr que el 17 no se produjeran huelgas ni conflictos. El 13 de octubre Cerrutti Costa se reunió con los secretarios de los gremios más fuertes y ante ellos emitió un discurso que pasaba por momentos de una declamación en aras de la democracia sindical a la apenas velada amenaza:

<sup>61</sup> Antiguo dirigente sindical, había sido secretario de los municipales y luego diputado nacional, además de tener relación con la creación de la CGT. Sus relaciones con el Partido Socialista, la Unión Cívica Radical y el Partido Demócrata Progresista eran públicas por lo menos desde el acto del 1º de Mayo de 1936. Cfr. MARIO GASPARRI, “El Congreso General Constituyente de la Confederación General del Trabajo”, *Cuadernos para la Difusión y Discusión de la Problemática del Movimiento Obrero Argentino del Instituto Arturo Jauretche*, Confederación General del Trabajo de la República Argentina, S/L, 2002.

<sup>62</sup> Crítica, 11-10-55, p. 2. La cursiva es nuestra.

Estamos dispuestos a respetar las ideas de los hombres que están en las organizaciones sindicales, pero no podemos respetar a nadie que esté en las organizaciones sindicales a espaldas de sus afiliados y a espaldas de su gremio. Es necesario que la democracia sindical se imponga definitivamente.[...]

El gobierno va a respetar las organizaciones sindicales. Pero no puede confundirse “organizaciones sindicales” con “organizaciones políticas”. [...] Cada compañero que tenga ideas políticas que las exprese en su partido político; pero en el sindicato solo debe haber sindicalismo.[...]

Se avecinan algunos acontecimientos y algunas fechas. Pero no es posible que se juegue la suerte del movimiento obrero en un momento político. *No es posible que sabiendo que todo el poder del ejército, de la marina, de la aeronáutica y de la policía respalda al gobierno, se incite a los trabajadores a salir a la calle en un determinado día. Yo sostengo que eso es criminal; es mandar a los obreros a la muerte y es mandar al movimiento obrero a su destrucción total y definitiva*<sup>63</sup>.

El mensaje era claro: hacer huelga o manifestaciones en relación al 17 de octubre como se habían hecho durante los diez últimos años daría lugar a la imposición del ala dura del Gobierno para la represión, la intervención de la CGT y su probable entrega a manos de los sindicalistas “libres”.

El problema del 17 no era ficticio pues había grupúsculos peronistas que promovían una huelga para ese día. Así, al recuperar las autoridades la sede del Sindicato Único Portuarios Argentinos (SUPA) habían encontrado panfletos de carácter subversivo<sup>64</sup>. Estos grupúsculos comenzaban a encarnar lo que luego sería la resistencia peronista, que actuaría especialmente tras la caída de Lonardi y la intervención de la CGT, pero que durante el gobierno del general ya habían comenzado a cometer desmanes. Por ejemplo, el 14 de octubre, 50 personas ingresaron en el establecimiento de Ducilo en Berazategui y destruyeron material de la fábrica<sup>65</sup>. Según Daniel James, en Rosario:

Already by late October the embryos of what would lately be known as the Peronist Resistance were appearing. In Santa Fe, for example, a Frente

<sup>63</sup> LN, 14-10-55, p. 1. La cursiva es nuestra.

<sup>64</sup> EL caso del SUPA es uno de los que más fácilmente puede seguirse a través de los periódicos. Su recuperación y el hallazgo de los panfletos significó una verdadera *gaffe* para el ala lonardista del gobierno, y Cerrutti se los recriminó a los dirigentes de la CGT en el discurso del 13 que hemos citado y en otro mensaje del 14 de octubre.

<sup>65</sup> LN, 15-10-55, p. 2.

Emancipador had already been formed and begun to coordinate Peronist Union opposition<sup>66</sup>.

Pero afirma que estos primeros movimientos hacia la resistencia no provenían de la cúpula sindical sino de una oposición que se generaba en los rangos inferiores de la CGT, es decir en las bases:

The nature of this rank-and-file opposition should be made clear. It was fundamentally spontaneous, instinctive, confused and headless<sup>67</sup>.

La campaña del Gobierno se encauzó también en una serie de comunicados en los que advertía que utilizaría la fuerza pública a discreción para desbaratar los desórdenes que se provocaran<sup>68</sup>. El propio Lonardi declaró que:

El Gobierno ha decidido poner inmediatamente fin a la campaña de intentos de agitación. Deben saber los instigadores y autores que las medidas de represión serán tan severas como lo requiera la tranquilidad pública<sup>69</sup>.

La campaña culminó el día 15, con una serie de 8 volantes diferentes que fueron arrojados desde aviones y vehículos. Uno de ellos se expresaba así:

Ciudadano trabajador: el ejército argentino, defensor de la libertad, le hace saber que sus armas ampararán al trabajador que cumple con su deber.

El 17 de octubre es día laborable.

Concurra tranquilo a su trabajo, sabiendo que quienes intenten alterar el orden serán severamente castigados por la autoridad militar[...]<sup>70</sup>.

La CGT se hizo cargo del tema y el 14 de octubre emitió un comunicado firmado por Natalini y Framini:

<sup>66</sup> *Op. cit.*, p. 51. Un caso posterior se produjo el 10 de noviembre cuando un grupo de manifestantes intentó ingresar en el salón Príncipe para evitar un acto en memoria del Dr. Ingalinella. Para desbandarlos se debió apelar a los gases lacrimógenos y a un camión hidrante. Se produjeron algunas detenciones y estallaron dos petardos en las inmediaciones, en LN, 11-11-55, p. 5.

<sup>67</sup> *Ibidem*.

<sup>68</sup> LN, 13-10-55 y 14-10-55.

<sup>69</sup> LN, 15-10-55.

<sup>70</sup> LN, 16-10-55, p. 1.



conforme a los términos del decreto-ley 584 del 8 de octubre de 1955, el lunes 17 de octubre será día laborable en todo el territorio de la República, por cuyo motivo se hace presente a los trabajadores organizados que, ese día, deben concurrir normalmente al trabajo<sup>71</sup>.

El día 15 por medio de una circular pedía a los gremios que se abocaran con prudencia exclusivamente a la actividad sindical<sup>72</sup> y, al día siguiente, la CGT y numerosos gremios enviaron notas e hicieron declaraciones reiterando que el 17 era día laborable. Los delegados de la central y, caso particular, el gremio de los carniceros hicieron referencia a la necesidad de lograr la supervivencia de la CGT<sup>73</sup>.

A pesar de todo esto, los trabajadores “democráticos” continuaron con su propia campaña. En un nuevo comunicado, los dirigentes del “Movimiento Pro Recuperación del Gremialismo Libre” afirmaron que ex dirigentes desplazados de la conducción gremial pretendían utilizar el 17 de octubre para realizar actos que demostraran su poderío. Invitaban a los obreros a denunciar ante ellos toda actividad o propaganda en ese sentido e insistían en la posibilidad de usar los “equipos de persuasión” a su disposición<sup>74</sup>. El 16 vuelven a expresarse en el mismo sentido, pidiendo a los obreros especial vigilancia “para poner en evidencia a cualquier foco perturbador”<sup>75</sup>.

El 17 amaneció con algunas “pintadas” que amenazaban a quienes concurrieran a su trabajo, y con las tropas distribuidas en los lugares más conflictivos para evitar problemas. En Avellaneda, Mendoza y San Luis el Ejército se hizo cargo de la vigilancia; en Mar del Plata lo hicieron tropas de Infantería de Marina, y en Tucumán la Gendarmería<sup>76</sup>. Durante el día no se produjeron conflictos, y la concurrencia al trabajo fue de entre un 85 y un 100% de los obreros en la mayoría de los sectores<sup>77</sup>. Los elogios al movimiento obrero por su actitud, publicados el día 18, son innumerables.

<sup>71</sup> LN, 15-10-55, p. 2.

<sup>72</sup> Circular n° 182 del 15-10-55, en Archivo de la CGT.

<sup>73</sup> LN, 16-10-55, p. 1.

<sup>74</sup> LN, 14-10-55, p. 1.

<sup>75</sup> LN, 16-10-55, p. 1.

<sup>76</sup> LP, 18-10-55, p. 1.

<sup>77</sup> LN, 18-10-55, p. 1. Una excepción grande la constituyó el gremio del vidrio, en que el ausentismo llegó al 40%. Según DANIEL JAMES el ausentismo habría sido del 33% en la mayoría de los rubros, información que toma del *New York Times*, al que considera más confiable, *op. cit.*, p. 51.

#### 5.4 *Continúa la lucha*

Si el Gobierno esperaba que tras este nuevo triunfo las aguas se calmaran pronto se vio defraudado. Tras el Caribdis del 6 de octubre y el Escila del 17, la batalla por los sindicatos continuaría llevándolos a un verdadero Maelstrón. Los copamientos de sindicatos continuaron y se inició una campaña periodística contraria a la política del ministro e incluso contra la persona de Cerrutti Costa.

El mismo 17 de octubre, en *La Razón*, Hipólito Solari Yrigoyen bregaba en un artículo a favor de la reforma de la Ley de Convenciones Colectivas de Trabajo, y aprovechaba para declarar que el Ministerio de Trabajo y Previsión tenía la facultad para entregar la personería jurídica a los gremios en forma antojadiza. Agregaba que el ministro del ramo no debía ser quien decidiera en los conflictos de las paritarias sino la justicia laboral<sup>78</sup>. El día 20, el “Comité Obrero de Acción Sindical Independiente de la República Argentina”, encabezado por Alfredo Fidanza, expresó que la convocatoria a elecciones dentro del plazo de 120 días era, “en el mejor de los casos un tremendo error”, pues favorecería a los más eficaces colaboradores del gobierno peronista, y adhirió a una declaración que expresaba entre sus objetivos los de:

Denunciar públicamente el procedimiento del Ministerio de Trabajo y Previsión, cuya incorrección negativa es evidente.

Solicitar al Poder Ejecutivo Nacional, el cumplimiento de los postulados revolucionarios; en lo que concierne al movimiento obrero, reintegrando a los militantes libres y democráticos, sus organizaciones.[...] <sup>79</sup>.

Miembros del Partido Socialista aprovecharon una visita al presidente Lonardi para entregarle a éste una nota del Consejo Nacional del PS firmada por Américo Ghioldi. Esta nota se dirigía directa y expresamente en contra de Cerrutti, de su política y de la CGT:

Es urgente e indispensable una renovación a fondo de la CGT para eliminar los agentes a sueldo de la tiranía [...]

Tal obra de depuración y la recuperación de los gremios por los trabajadores libres ha sido retardada en algunos casos e imposibilitada en otros por el Ministerio de Trabajo, cuyo titular sirvió a los dirigentes gremiales de la tiranía, hizo elogios al dictador y ahora ha entregado la intervención de la CGT a los militantes del régimen derruido<sup>80</sup>.

<sup>78</sup> *La Razón*, 17-10-55, p. 5.

<sup>79</sup> LN, 21-10-55, p. 2.

<sup>80</sup> LN, 22-10-55, p. 1.

En esa misma nota se hace mención a la actividad de “neo-fascistas” en el Gobierno, argumento que luego se utilizaría para justificar el desplazamiento de Lonardi:

El consejo expresa su alarma por las oscuras maniobras a favor de la estructuración de un neo-fascismo, encabezado por ex servidores de la dictadura y que cuentan con la ayuda de funcionarios públicos que pretenden manipular el movimiento obrero con fines políticos<sup>81</sup>.

Y según *La Vanguardia* los representantes socialistas habían aclarado al Presidente que:

el peligro de que dentro de pocos meses, si las cosas siguen por el camino indicado por el Ministro de Trabajo, el movimiento obrero estará en manos de los comunistas y de los peronistas, es decir, del comun-peronismo<sup>82</sup>.

El ministro Cerrutti Costa incluso fue víctima de una trampa que le tendieron los gremialistas “libres”. El gremio de los Comisarios Marítimos se hallaba dividido en tres facciones que estaban en disconformidad con el interventor de la CGT. Las facciones, en pugna entre sí, solicitaron al Ministerio de Trabajo que considerara la situación. Cuando Cerrutti Costa intervino, las autoridades de dos de los grupos escribieron una nota a Lonardi y a Rojas denunciando presiones “pro afiliación” en una de las entidades<sup>83</sup>. En otra ocasión, en una entrevista, se le hicieron preguntas que apuntaban a dejar en claro su origen peronista. Cerrutti declaró que había militado en el partido unos ocho meses en el año 1946, y que sólo había hablado a favor del gobierno depuesto durante los dos primeros años. Explicó que el régimen peronista le había impedido publicar un libro y se declaró claramente democrático y contrario al fascismo<sup>84</sup>.

Mientras tanto, desde el Ministerio se intentaba dar organicidad a las futuras elecciones gremiales. Algunos sindicatos intentaban poner en práctica el programa pactado el 6 de octubre, pero habían prevenciones a tener en cuenta respecto de los estatutos de algunos de ellos. Por ello el Ministerio de Trabajo publicó una nota en la que solicitaba se abstuvieran de todo acto previo y de las elecciones mismas hasta que el Gobierno hubiera revisado

<sup>81</sup> LV, 27-10-55, p. 4.

<sup>82</sup> *Ibidem*.

<sup>83</sup> *Idem*, p. 2.

<sup>84</sup> *La Razón*, 25-10-55, p. 2.

los estatutos y hubiera dispuesto las medidas necesarias para la correcta aplicación del pacto y la fiscalización del sufragio<sup>85</sup>.

La lucha por el control de las sedes gremiales continuaba siendo feroz. El 22 de octubre, obreros del ramo textil se enfrentaron a tiros por el dominio del gremio, hasta que la intervención de la policía dispersó a los combatientes<sup>86</sup>. Al día siguiente un grupo de obreros, bajo el rótulo de *Comité de Recuperación Sindical*, intentó copar la sede de la delegación de la CGT en Rosario. Debió intervenir el Ejército, que desalojó el edificio de todos los obreros, de uno y otro bando<sup>87</sup>. El 24, un grupo de “representantes” de la Unión Tranviarios Automotor visitó a Cerrutti Costa quejándose de la intervención cegetista. El ministro, tal vez por debilidad o para complacer en parte al sector opositor, anunció que la dirección de la UTA quedaría en manos de los obreros “democráticos”, y éstos, tomando la expresión como un permiso, fueron y la ocuparon<sup>88</sup>. Ese mismo día tomó otra medida que abriría un abismo entre el Ministerio y la CGT: declaró en comisión a todos los delegados del interior con excepción de los de Córdoba, Tucumán, Corrientes, La Plata, Avellaneda, Bahía Blanca y Comodoro Rivadavia<sup>89</sup>.

El 26, Cerrutti Costa debió recibir a una furiosa delegación de la CGT, que le entregó un memorial con sus exigencias tras expresarse a través de Andrés Framini, quien tras referirse al pacto del 6 de octubre comenzó a citar los incumplimientos del Gobierno, refiriéndose particularmente a la toma de la UTA con “permiso” del ministro. Luego se quejaba de la parcialidad del Gobierno a favor de agrupaciones como el *Movimiento Pro Recuperación del Gremialismo Libre*, a la vez que manifestaba su confianza en el palabra del presidente Lonardi y descarnadamente hacía referencia a la falta de acatamiento de lo dispuesto por el Gobierno en las áreas alejadas del poder central:

Señor ministro: nos hemos enterado de algunas cosas que ya no podemos tolerar [...] sepa que hablamos con una valentía que emerge de la representación que dan todos los gremios de la Patria, y no para que las directivas impartidas por usted sean aceptadas en algunos casos de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires y que fuera de eso cada uno haga lo que se le antoje. [...]”.

<sup>85</sup> LN, 21-10-55.

<sup>86</sup> LN, 23-10-55, p. 4. Vale la pena comparar el relato de *La Nación* con el de *Crítica*, según el cual los agresores fueron los obreros que ya poseían el control del edificio.

<sup>87</sup> LN, 24-10-55, p. 1.

<sup>88</sup> LN, 25-10-55, p. 1.

<sup>89</sup> *Ibidem*.

Y finalmente planteaba un límite concreto: o el Gobierno daba una respuesta clara al reclamo o se rompía la alianza por medio de la huelga y se perdían los triunfos logrados hasta entonces por la administración de Lonardi.

Nos hemos tomado la libertad, en esta situación, de exigir –aunque plenamente conscientes que las responsabilidades que tal posición reviste– una contestación al planteamiento hecho en el plazo de dos días, vencido el cual, de no tenerse un resultado satisfactorio, no habrá otra alternativa que la de una paralización total de las actividades<sup>90</sup>.

Cerrutti Costa respondió con discurso cargado de historia, pero no pudo hacer nada más concreto que prometer “referir la inquietud de los trabajadores” al Presidente. En el memorial se exigía la devolución de los gremios a las autoridades designadas por la CGT, la restitución de las delegaciones regionales, la libertad de los gremialistas presos y garantías para todos los que actuaban en el movimiento gremial, y el cumplimiento de lo pactado el 6 de octubre. Semejante planteo no dejó de tener consecuencias y, el día siguiente, Cerrutti debió desmentir rumores sobre su posible renuncia<sup>91</sup>.

Hasta ese momento el ideal de Lonardi se había mantenido claro, pero la actuación concreta del ministro, que por momentos había sido errática, su carencia de dominio de las regiones que no estaban sometidas a su influencia directa, especialmente las administradas por la Marina y Córdoba bajo la intervención del general Videla Balaguer, y las constantes presiones de la oposición, a través de la toma de sindicatos y de la prensa, habían sometido a la alianza entre la CGT y el gobierno nacional a un estrés prácticamente insoportable. Hacía falta una respuesta y acción enérgica por parte del Ministerio que restableciera el statu quo del 6 de octubre, o el ideal del Presidente fracasaría inevitablemente.

## 6. INTENTO DE REORGANIZACIÓN: HACIA LA DEMOCRACIA SINDICAL

### 6.1 *El plan del Gobierno*

El 28 de octubre, por medio de un decreto ley, el Gobierno se lanzó directamente a lograr el objetivo de la democracia sindical. Para ello diseñó un proyecto electoral que, de llevarse a cabo, elevaría a la conducción de los gremios a quienes los afiliados votaran. El proyecto fue explicado al público

<sup>90</sup> LP, 27-10-55, p. 4.

<sup>91</sup> LN, 28-10-55, p. 2.

por el Director Nacional de Trabajo y Acción Social, Abel Cardellicchio. En primer lugar, se designaba un administrador de los bienes de la CGT, dejando el Gobierno en claro que éste no modificaría el estatuto de la central obrera, sino que sólo administraría sus bienes hasta la elección de nuevas autoridades.

En segundo lugar se creaba un estatuto tipo, que se aplicaría en todos los gremios en que no contaran con uno semejante al propuesto. Durante el período preelectoral tres veedores designados por el Gobierno, dos civiles con un oficial de las Fuerzas Armadas a la cabeza, garantizarían el acceso a la sede sindical a todos los trabajadores del gremio. Los que desearan afiliarse tendrían veinte días para hacerlo a partir de la publicación de un bando por parte de los veedores, invitando al empadronamiento. Los mismos vigilarían que la amnistía fuera real, sin excepciones de ningún tipo, impedirían toda alteración del orden en el gremio e intervendrían en la confección de los padrones. Los obreros se empadronarían por medio de una ficha, que sería llevada a un fichero central en el Ministerio de Trabajo con el objeto de eliminar el posible empadronamiento múltiple.

Los veedores serían designados por una junta electoral formada por el Director Nacional de Trabajo y Acción Social, el Director General de Inspección de Delegaciones Regionales y el Director General de Asociaciones Profesionales. Éstos, además, constatarían el cumplimiento de la amnistía, recibirían y revisarían las denuncias sobre la confección del padrón electoral, oficializarían los padrones y controlarían y aprobarían la elección.

La junta electoral fijaría el lugar, fecha y hora de cierre del padrón, de fin de percepción de listas y de la elección. Para ser aprobada una lista debía estar avalada por el 5% de los afiliados por medio de firmas, y los candidatos debían estar ya empadronados. Se utilizaría el sistema de lista completa, con lo que no habría representación de las minorías en el secretariado de cada gremio. Los veedores, terminado el período electoral, se constituirían en junta electoral en cada sindicato, las Fuerzas Armadas garantizarían la elección, y sería presidente de la mesa electoral un empleado del Ministerio de Trabajo y Previsión. Por último, el voto sería directo, personal, secreto y obligatorio<sup>92</sup>. Como complemento, un decreto ley declaraba a todos los gremios en estado de asamblea hasta la elección de las nuevas autoridades en el plazo de 120 días<sup>93</sup>.

<sup>92</sup> LN, 29-10-55, pp. 1-2.

<sup>93</sup> LN, 1-11-55, p. 1.

## 6.2 Respuesta de la CGT: la huelga del 2 de noviembre

La CGT se sintió invadida en sus prerrogativas, especialmente por la disposición que ponía los gremios en estado de asamblea y la que creaba la figura del administrador de los bienes de la central. Su respuesta fue tajante: creó una comisión para que elaborara un plan de lucha conformada por Luis Natalini, Andrés Framini, Rafael Ginocchio, Eustaquio Tolosa, Salvador Zucotti, Humberto Mandrioni y Rafael Colacco<sup>94</sup>. El rechazo esta vez también se manifestó en las bases, y el día 31, mientras los dirigentes de la CGT se entrevistaban varias veces a lo largo del día con Cerrutti Costa y con el vicepresidente Rojas<sup>95</sup>, unos 500 secretarios de gremios de la Capital Federal se allegaron a la sede de la central para discutir la situación. Al ser infructuosas las negociaciones, Natalini y Framini anunciaron una huelga general a partir de la 0 hora del 2 de noviembre.

Aunque hombres del ala dura del Gobierno interpretaran esta situación como un intento de Framini y Natalini de fortalecer su posición en la dirección de la CGT, en connivencia con los nacionalistas del Gobierno que “buscaban para sus propios fines el apoyo sindical”<sup>96</sup>, lo cierto es que la dirección gremial venía acumulando una serie de agravios y preocupaciones graves. Un número importante de gremios y delegaciones de la central en el interior continuaba copado, número que aumentaba por los asaltos que estaban a la orden del día, y el decreto que declaraba a los gremios en estado de asamblea les quitaba el control del resto de ellos. Además, por esos días, se había anunciado el plan económico de Raúl Prebisch y comenzaban a tomarse las primeras medidas. Según Baily,

Los nacionalistas criollos de la CGT percibieron con mucho desagrado el Informe Prebisch. Además de las críticas a Perón y su época, las “soluciones” de los economistas indicaban el deseo oficial de volver a la tradicional economía exportadora del *laissez-faire*, que los obreros temían iba a subordinar sus intereses a los de la oligarquía terrateniente<sup>97</sup>.

<sup>94</sup> RODRÍGUEZ LAMAS, *op. cit.*, pp. 115 y 154.

<sup>95</sup> No se pudo lograr una entrevista con el presidente Lonardi, pues éste se hallaba internado completando un tratamiento por su esclerosis que había sido interrumpido para comenzar la Revolución Libertadora. Por supuesto que esto perjudicaba las posibilidades de negociación, al ser Rojas favorable a la intervención directa de la CGT.

<sup>96</sup> JORGE E. PERREN CALTE, *op. cit.*, p. 321.

<sup>97</sup> SAMUEL L. BAILY, *op. cit.*, p. 177. Cabe aclarar que el autor se equivoca respecto de la fecha de la huelga, que ubica el 31 de octubre y cuando dice que ésta fue exitosa, ya que se suspendió a poco de haberse iniciado, y también cuando afirma que Lonardi negoció personalmente la solución, como demostraremos más abajo.

De hecho, el mismo día en que se había adoptado el proyecto electoral, por el decreto 2000/55 se había devaluado el peso, fijando el valor del dólar oficial en 18 pesos moneda nacional<sup>98</sup>, mientras que se permitía la fluctuación de un dólar libre que llegó a cotizarse a 31 pesos moneda nacional el 3 de noviembre<sup>99</sup>. Obviamente esto implicaba un alza en los precios en los productos importados y en todos los productos nacionales que implicaran insumos extranjeros en su producción o se manejaran de acuerdo con un precio internacional en dólares. Además, Prebisch, teniendo en cuenta la cercana fecha de negociación de los contratos colectivos de trabajo, había indicado que no deberían aumentarse los salarios porque ello impulsaría aún más la inflación. En pocas palabras, el salario se depreciaba sensiblemente. Narra Bledel en sus memorias que en una reunión con Rojas, Framini y Natalini, este último tomó la palabra y

Consideró que, sin ser un técnico, desde el punto de vista obrero, veía en el plan Prebisch un instrumento de gobierno que tendría efectos negativos para su clase, en primer lugar ante el violento desplazamiento que se había operado en los tipos de cambio, cuya incidencia sobre los artículos de primera necesidad, presagiaba como inevitable. Sostuvo que no sólo era exagerada, sino falsa, la afirmación expuesta en el Informe Preliminar de la Comisión Prebisch, según la cual el país vivía la crisis más profunda de su historia [...] Por último puso énfasis en la distribución del producto nacional: más del 50% de él era canalizado por el renglón sueldos y salarios y ello gracias a la política económica peronista<sup>100</sup>.

El 1º de noviembre fue un día de actividad febril, pues el Gobierno deseaba impedir la huelga a toda costa. Cerrutti pasó toda la mañana reunido con distintos funcionarios en Casa de Gobierno analizando la situación. Al medio día se anunció que por la noche el ministro se dirigiría al pueblo en un discurso que se divulgaría por radio. A las 16 horas, Rojas y Bengoa se reunieron para tratar el tema. Una hora más tarde se les sumó el ministro del Interior y Justicia, Dr. Busso, y más tarde Cerrutti Costa que llegaba de otra reunión con Goyeneche. El presidente Lonardi permanecía prácticamente ajeno al asunto pues se hallaba internado terminando un tratamiento contra la esclerosis que lo afectaba, abandonado en septiembre con el objeto de iniciar la revolución. A las 20:45 Cerrutti leyó su discurso, en el que tras

<sup>98</sup> LN, 29-10-55, p. 1.

<sup>99</sup> LN, 4-11-55, p. 1.

<sup>100</sup> RODOLFO BLEDEL, *Memorias...* cit., pp. 73-74.



recordar los beneficios otorgados a los obreros por el gobierno de la Revolución anunció que se haría lugar al Ministerio de Trabajo en las discusiones de temas económicos para representar a los trabajadores. Luego expresaba:

Pero no sólo eso ofrece el Gobierno Revolucionario a los trabajadores sino que además les devuelve las bases fundamentales de la dignidad humana, pues al darles la democracia y la libertad en forma concreta, hace volver el problema social a su fin último, que es el hombre.

Según Cerrutti eso era trascendental pues los compromisos políticos con el gobierno anterior habían convertido a la CGT en un gigante con pies de barro, citando ejemplos concretos de debilidad ante Perón que había perjudicado a la masa obrera.

Podemos decir que la Confederación General del Trabajo fue durante mucho tiempo el principal muro de contención de las aspiraciones que tenían los trabajadores y, excepto en muy pocas oportunidades, apoyó siempre la declaración de ilegalidad de las huelgas que hacía el Gobierno, y luchó a su lado para el rompimiento de las mismas.

Frente a todos estos hechos, que nadie podrá negar, el gobierno lanza un decreto auténticamente revolucionario, por medio del cual se colocan en estado de asamblea a los mismos; se fijan todas las normas que aseguren la libre expresión de sus afiliados, en cuanto a la elección de sus representantes, sin cortapisas de ninguna índole<sup>101</sup>.

Luego justificaba la presencia del administrador como método para asegurar la equidad para todos los sectores del movimiento obrero. Terminó criticando la huelga, e insinuando una vez más que los obreros se jugaban su destino en la decisión de realizarla.

Al finalizar el discurso designó administrador de la CGT al coronel Manuel Reimúndez, quien, según Cavarozzi, pertenecía al ala nacionalista-organicista del Ejército<sup>102</sup>. En la CGT los líderes gremiales se reunieron para

<sup>101</sup> LN, 2-11-55, p. 1.

<sup>102</sup> MARCELO CAVAROZZI, *Sindicatos...* cit., p. 22. Sobre el accionar posterior de Reimúndez ver ROBERT A. POTASH, *El ejército y la política en la Argentina 1945-1962, de Perón a Frondizi*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984, pp. 104 y ss.

discutir la situación planteada por el discurso, pero resolvieron rápidamente continuar con la huelga. Según Eustaquio Tolosa, uno de los miembros de la comisión de huelga, el criterio era que el gobierno aún no se encontraba consolidado,

y si los trabajadores adoptábamos una posición firme, sin concesiones, lo habríamos de hacer retroceder, resguardando la autonomía de nuestras organizaciones<sup>103</sup>.

Según el mismo testimonio Hugo De Pietro se habría encontrado presente en la reunión y habría aconsejado ceder en todo, sin embargo los periódicos no informan de su presencia. De todos modos, a las 23, Framini y Zucotti partieron hacia el Ministerio de Trabajo donde se reunirían con Cerrutti Costa.

Según el relato de Torre y Senén González, al volver Cerrutti de su alocución radial se habría encontrado con el Ministerio ocupado por tropas de la Marina. El oficial al mando le habría advertido que por órdenes superiores debía abstenerse de nuevas gestiones con los gremialistas y le habría informado que las tropas estaban allí para protegerlo en vistas de los hechos que habrían de ocurrir tras el comienzo de la huelga general<sup>104</sup>. Los periódicos no informan de la presencia de tales tropas, aunque el testimonio de Tolosa incluido en la misma obra lo confirma.

Al salir del edificio los líderes de la CGT, tras la tardía reunión con Cerrutti, no hicieron declaraciones, pero al poco de volver a la sede de la CGT se levantó la huelga. Había durado sólo una hora.

A pesar de su corta duración oficial la huelga no dejó de ser importante a causa de los horarios de ingreso y egreso de las fábricas y los talleres. En el Mercado de Hacienda de Liniers y en el Frigorífico Nacional el paro tuvo total acatamiento. En Avellaneda y Lanús, en los grandes establecimientos de la carne, vidrio, hilanderías, cerámicas y metalurgia, en los turnos que habían comenzado en la noche del 1º, los obreros abandonaron las tareas a la 0 hora, y los que comenzaban en ese horario no concurren, siendo el acatamiento casi total. Para la tarde del 2 la situación se había normalizado, y los transportes y el comercio funcionaban normalmente. En La Plata, en el turno de la madrugada, faltó alrededor del 30% de los trabajadores y las empresas trabajaron a un

<sup>103</sup> JUAN CARLOS TORRE y SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ, *Ejército y Sindicatos (los 60 días de Lonardi)*, Editorial Galerna, Buenos Aires, 1969, p. 146.

<sup>104</sup> *Op. cit.*, pp. 75-76.

ritmo menor de lo habitual. En Rosario, en cambio, la situación fue prácticamente normal, salvo ausentismos más importantes del gremio metalúrgico y que los tranvías circularon con custodia militar por la mañana, mientras que en Santiago del Estero los obreros de Agua y Energía sabotearon los servicios de luz y agua corriente para Santiago, La Banda y Río Hondo<sup>105</sup>.

El comentario de los hechos en *La Vanguardia* reflejaba su clara oposición a la política sindical del Gobierno:

La osadía o la insensatez de los presuntos dirigentes gremiales nos parece, en cierta manera, explicable, pues no otra cosa se puede esperar de quienes se han formado sindicalmente en la escuela del absurdo y de la incongruencia. Estos buenos alumnos de Perón no podían obrar de otra manera. Pero lo que resulta incomprensible es que a siete semanas de una revolución triunfante, que ha sacudido al poderoso régimen totalitario en sus bases más profundas, [...] la opinión pública deba estar pendiente de tratativas de esta naturaleza entre un secretario de Estado y un grupo de títeres del movimiento gremial, que no representan sino al resentimiento de los que hoy se ven despojados de sus prebendas<sup>106</sup>.

Otros periódicos, en los días siguientes, publicaron agradecimientos de los dirigentes cegetistas al presidente Lonardi por su supuesta intervención patriótica que habría permitido el corte de la huelga. Sin embargo, Lonardi no intervino, o en todo caso lo hizo de manera indirecta. Según Senén González:

El ministro de transporte, Juan José Uranga, Bengoa y Cerrutti Costa logran, con el aval del presidente Lonardi, volcar la situación en favor de un nuevo acuerdo con los dirigentes de la central obrera. Por el mismo ratifica la permanencia de Framini y Natalini al frente de la CGT y se procura acelerar la solución de las situaciones conflictivas que impiden la realización de elecciones<sup>107</sup>.

Mucho más interesante es el relato del ahora contraalmirante Jorge Enrique Perren:

<sup>105</sup> LN, 3-11-55, pp. 1 y 3.

<sup>106</sup> LV, 3-11-55, p. 4.

<sup>107</sup> SANTIAGO SENÉN GONZÁLEZ, *Breve historia del sindicalismo argentino*, Alzamor Editores, Buenos Aires, 1974, p. 90.

el Ministro de transportes General Uranga llamó a su despacho al Ministro de Trabajo, doctor Cerrutti Costa, y, en presencia del Ministro de Ejército, General Bengoa, del Secretario del Presidente, Mayor Guevara, y del jefe de la SIDE, Teniente Coronel Taquini, lo obligó, invocando el nombre del Presidente, a aceptar un pacto con los dirigentes de la CGT Framini y Natalini, por el cual el gobierno se comprometía a “mantenerlos al frente de la CGT a los efectos de asegurar la estructura sindical”, a cambio de que levantaran la huelga que habían ordenado.

Al llegar el general Lonardi a su despacho, se encontró con el hecho consumado. El General Uranga debió admitir que había usado el nombre del presidente sin su autorización, pero el general Lonardi, ayudado por los ministros militares, se avino a soslayar el episodio<sup>108</sup>.

La versión de Perren parece verse corroborada por un recuerdo un tanto confuso de la primera dama Mercedes Villada Achaval:

Después de unos días de permanencia en el Sanatorio Ottamendi, donde se interna para un examen médico, sale con estricta recomendación de reposo; [...] el teléfono sonó en las primeras horas de la madrugada, atendí yo rápidamente el llamado. Era la voz del Almirante Rojas. –Por favor Sra. Despierte al Gral., que es algo muy urgente. – Desperté a mi marido y oí sólo su voz que respondía a Rojas: Encuentro perfecta la resolución del Ministro de Transporte de impedir esa huelga por medios pacíficos. ¡Ojalá todos los ministros me solucionaran como el Gral. Uranga los problemas pendientes! Sería para mí una gran tranquilidad. – No opino como ud. Almirante que habría que dejar estallar la huelga para usar la represión; esos medios drásticos resultan contraproducentes<sup>109</sup>.

Descubierto el ardid de Uranga, la situación habría terminado con una promesa de Lonardi a Rojas de someter al general ministro a sumario militar, lo que no se llevó a cabo<sup>110</sup>.

<sup>108</sup> JORGE E. PERREN CALTE, *op. cit.*, p. 321.

<sup>109</sup> MERCEDES VILLADA ACHAVAL DE LONARDI, *Memoria inédita*, p. 55. Calificamos al recuerdo de confuso porque la autora lo ubica en la víspera del 17 de octubre; sin embargo los detalles coinciden totalmente con los sucesos en torno al 2 de noviembre y para nada con los del 17. Probablemente, al escribir sus memorias años más tarde, confundió la fecha por razones obvias. La última parte del diálogo parece un poco forzada para aclarar el punto en que no estaban de acuerdo.

<sup>110</sup> TORRE y SENÉN GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 78.

El nuevo pacto implicaba que la alianza con la CGT se sostenía, a la vez que ésta aceptaba las disposiciones del Gobierno para dar organicidad a la democracia gremial. El Gobierno aceptaba la continuidad de Framini y Natalini, y éstos cedían espacio para que actuara el coronel Reimúndez como administrador.

El mismo día 2 Lonardi reglamentó el acuerdo por medio de un comunicado. Además de lo ya expuesto, estableció que en los gremios que se encontraran ocupados los veedores formarían comisiones mixtas de las partes interesadas; en los gremios sin conflictos se actuaría en todo de acuerdo con el decreto original; y en las delegaciones regionales de la CGT en que hubiera conflicto, el ministro de Trabajo designaría un interventor que debía ser miembro de las Fuerzas Armadas<sup>111</sup>.

Es difícil ver el resultado final como un triunfo cegetista. Los gremialistas sólo habían logrado mantener sus posiciones personales y autoridad sindical, mientras que entregaban la administración de los bienes, incluso *La Prensa*, y el control de las elecciones al Gobierno, a la vez que retrocedían respecto de lo pactado el 6 de octubre: el Gobierno no debía devolver los gremios tomados a sus directivos peronistas ni colocar las delegaciones de la CGT en manos de la central. Así el Gobierno volvía a ganar aire mientras se sostenían las relaciones con el movimiento obrero. La situación, una vez que se designaran los veedores, sería prácticamente la de una intervención concertada, e incluso, en algunos gremios, debería usarse el estatuto pautado por el Gobierno y no el del gremio. Un representante del SUPA, Eustaquio Tolosa, que se había opuesto al acuerdo con el Gobierno, pensaba que éste

permitió meter al gobierno dentro de la CGT: desde entonces cualquiera se anima hacerlo<sup>112</sup>.

## 7. LOS DÍAS FINALES

El 3 se designaron los veedores militares y el 4 los civiles. La distribución de los primeros se realizó por tercios entre las tres Fuerzas, mas no deja de llamar la atención que la Marina se hizo cargo de la mayoría de los más importantes: Sindicato obreros y empleados de YPF, Sindicato Único de Petroleros del Estado, Luz y Fuerza, Unión Ferroviaria, Unión Tranviarios

<sup>111</sup> LN, 3-11-55, p. 1.

<sup>112</sup> TORRE y SENÉN GONZÁLEZ, *op. cit.*, p. 151.

Automotor, Unión Obrera Metalúrgica y Sindicato Argentino de Prensa<sup>113</sup>. Es decir que la Marina controlaba la energía, el transporte y la difusión de noticias.

A pesar del nuevo triunfo, el ideal de Lonardi lejos estaba de concretarse. Una vez más, las aguas no sólo no se calmaron sino que se volvieron más turbulentas. La razón es obvia, pues, como explicaba un editorial de *De Frente*, el ideal de Lonardi no convenía a muchos de los abanderados del mismo:

Quando falló el primer golpe [lucha a tiros por el sindicato textil del 22 de octubre] y la fauna volvió a la carga en las antasalas oficiales, el Ministerio de Trabajo y Previsión dispuso la realización de elecciones en todos los sindicatos dentro de un plazo perentorio. Fue la respuesta al estribillo de “sindicalismo libre” y la materialización de la libertad y democracia solicitadas. Pero la fauna no quiere elecciones, y están dispuestos a hacer caer al ministro si se lleva el problema a las urnas.[...] La voz de orden en la fauna antiobrera es clara y rotunda: no quieren elecciones de ninguna manera porque han llegado a un descubrimiento sensacional, los peronistas son más, muchísimos más y no los van a votar<sup>114</sup>.

La “fauna”, como llama *De Frente* a los sindicalistas de izquierda, a los socialistas y a los radicales, continuó con sus expresiones habituales a través de la prensa diaria y por medio del asalto de sedes gremiales que no cesó en ningún momento. A partir del 28 de octubre, es decir del mismo día en que el Cerrutti Costa anunció la organización de elecciones, el diario *Crítica* inició una verdadera campaña contraria a la política del Gobierno. A intervalos irregulares comenzó a publicar una sección especial titulada “A dónde va el movimiento obrero” que se destacaba claramente, con su titular escrito en letra cursiva en negrita. Se trataba de una serie de entrevistas a obreros que siempre aparecían vestidos con saco y corbata, se expresaban mucho mejor que Framini y Natalini, e incluso que Cerrutti Costa, y siempre opinaban lo mismo: bregaban por la intervención de la CGT por parte del Gobierno y la entrega de los gremios y de la misma central a los obreros “democráticos”, y de vez en cuando arrojaban una indirecta contra los nacionalistas en el Gobierno. Citemos algunos ejemplos:

<sup>113</sup> LN, 4-11-55, p. 1.

<sup>114</sup> *De Frente*, n° 85, 31-11-55, p. 7.

[Sebastián Marotta<sup>115</sup>:] La CGT es la negación más categórica de estos principios que deben informar a cada organización obrera genuina[...]

Por su situación de dependencia del régimen depuesto, correspondía, lógicamente, que el gobierno revolucionario la hubiese intervenido y con ella a todos los sindicatos, [...]

Hay opinión formada en los medios obreros que ciertos personajes del régimen depuesto [...], inspiran desde las sombras esta extraña política contemplativa que se sigue con la CGT y sus sindicatos, pues se dice que abrigan aquéllos recónditas esperanzas de heredar el gobierno abandonado por Perón. [...]

Son muchos los que temen que los sindicatos obreros y la CGT, a cuyo ámbito no llegaron los aires de la revolución libertadora, sigan siendo instrumentos políticos y sirvan a la nueva fuerza que ya se insinúa como la heredera del régimen caído y gestora, a la vez, de una suerte de neojusticialismo<sup>116</sup>.

Para el estatal Alejandro Silvetti el primer acto de gobierno de la revolución debió haber sido la intervención de la CGT<sup>117</sup>. Más adelante, en otra edición, opinaba Juan Carlos Masón:

Los errores cometidos desde la Revolución hasta la fecha deberán ser rápidamente subsanados, destruyendo las quintas columnas sobrevivientes. Quienes trabajan para el retorno de la tiranía deben ser radiados de toda posibilidad de contacto con la masa [...]<sup>118</sup>.

En aquel entonces el término “quinta columna” era todavía una referencia clara al nazismo, pues aludía a la creencia de que las comunidades alemanas formaban, en los países en que habitaban, grupos de apoyo para entregar los gobiernos a los nazis, creencia bastante extendida durante la guerra.

<sup>115</sup> Dirigente sindicalista puro de activa participación en la creación de la CGT, muy activo en la fusión de la Unión Sindical Argentina (USA) y la Confederación Obrera Argentina (COA); Cfr. MARIO GASPARRI, *op. cit.*

<sup>116</sup> *Crítica*, 28-10-55, p. 4.

<sup>117</sup> *Crítica*, 29-10-55, p. 3. El verdadero apellido de Silvetti era Fandiño, entonces obrero y representante del gremio ebanista. En 1909 había sido deportado en virtud de la ley de Residencia, pero había regresado con documentación y nombre falsificados. En 1922 había sido Secretario General de la USA. Participó en la creación de la CGT y fue director de su periódico en 1932 desde donde, según Mario Gasparri, actuó con “sutil autonomía”, *op. cit.*, p. 5.

<sup>118</sup> *Crítica*, 14-11-55, p. 2. Éste se publicó al día siguiente de la caída de Lonardi.

Varios solicitaban la suspensión de las elecciones hasta que se hubieran producido las investigaciones que mostraran a los obreros cómo los cegetistas habían cometido robos y fraudes sin cuenta:

[Julio Falasco:] Es absurdo. Si no pueden elegir al nuevo gobierno de la Nación en 120 días, porque primero es necesario investigar latrocinios, crímenes y abusos de todo orden, no veo cómo eso es posible realizarlo en el movimiento obrero, dejando al frente a los mismos traficantes y delatores de la tiranía<sup>119</sup>.

Por último, con sorpresa, nos encontramos con que algunos sindicalistas “libres” habían luchado a favor de la Revolución, y eso era un buen currículum para pedir la entrega de la CGT:

[Ángel Di Giorgio:] Los trabajadores deben consolidar la revolución libertadora recuperando todos los sindicatos. Los obreros libres podrán así prestar respaldo y colaboración al gobierno en la construcción democrática. Ello será consecuencia inmediata del paso de la CGT a manos de representantes legítimos, caracterizados por su resistencia al dirigismo del régimen depuesto y su lucha a favor de la revolución<sup>120</sup>.

Por su parte las agrupaciones de sindicalistas “libres” y los partidos políticos aprovecharon la huelga decretada para el 2 de noviembre para hacer declaraciones. El *Movimiento Pro-Recuperación del Gremialismo Libre* explicaba que la huelga sólo se había hecho en el papel, que los dirigentes gremiales carecían de la “más elemental educación societaria”, y que el movimiento obrero organizado del país estaba

indispuesto con una dirección que sólo ha servido a la tiranía y esclavizado a los productores<sup>121</sup>.

Otra clara campaña periodística se había encarado desde las páginas de *La Vanguardia* desde el día mismo de su reaparición. El 20 de octubre aclaraba que

<sup>119</sup> *Crítica*, 2-11-55, p. 2.

<sup>120</sup> *Crítica*, 31-10-55, p. 1.

<sup>121</sup> *Crítica*, 3-11-55, p. 2.



en lo que a la dirección de los gremios se refiere, no puede afirmarse que la revolución haya llegado a todas partes. En este aspecto particular del proceso post-revolucionario parecería haberse paralizado el impulso liberador que alentó el espíritu de la resistencia y movía el brazo armado de los trabajadores<sup>122</sup>.

Inmediatamente agregaba en un apartado el *curriculum vitae* del doctor Cerrutti Costa, destacando las actividades peronistas en su pasado, en general sin dar fechas, o las pocas que daba eran coincidentes con las expuestas por el ministro en su defensa. El jueves siguiente informaba:

Es opinión generalizada de que la conducta con la CGT no puede ser más peligrosa, y que la designación del ministro de Trabajo no fue un acierto, ni es una garantía<sup>123</sup>.

En esa misma edición insinuaba que Cerrutti pregonaba las elecciones con el objeto de favorecer al peronismo y que él mismo era un peronista:

Partidario de las elecciones inmediatas es el ministro de Trabajo, peronista ayer, cuyo arrepentimiento no hemos conocido todavía, pues hasta el presente los libros escritos por él son de elogio al dictador, y los discursos pronunciados últimamente como funcionario conservan un estilo peronista inocultable<sup>124</sup>.

En su edición del 10 de noviembre, última antes del derrocamiento, *La Vanguardia* decidió copiar el estilo de *Crítica* y publicó tres entrevistas a gremialistas de saco y corbata (Lucio E. Luna, Emilio Cañería y Diego Martínez), que se expresaron en el mismo sentido que los antes citados.

*Crítica* y *La Vanguardia* fueron, en la prensa, los más tenaces opositores a la política sindical de Lonardi. Sin embargo, más allá de lo expuesto, cabe destacar algunas diferencias: mientras *La Vanguardia*, que podía publicarse nuevamente gracias a la amplia libertad de prensa otorgada por Lonardi, era un órgano independiente del Estado y respondía al Partido Socialista, uno de cuyos representantes en la Junta Consultiva era el director del periódico, Américo Ghioldi, *Crítica* pertenecía a la cadena construida por Perón, seguía atada al Estado y su director había sido designado por el Dr. Busso, ministro del Interior y Justicia del Gobierno.

<sup>122</sup> LV, 20-10-55, p. 4.

<sup>123</sup> LV, 27-10-55, p. 4.

<sup>124</sup> *Ibidem*.

El Centro de la Juventud Dr. Emilio Ravignani de la UCR comité de la Capital también hizo una declaración notable:

el movimiento pro Gremialismo Libre se encuentra libre del bagaje de diez años de dictadura y que *la actual CGT no puede pretender un trato de igualdad de derechos con los gremialistas libres*, puesto que sus dirigentes son los mismos personeros del gobierno depuesto<sup>125</sup>.

La Junta de la Federación Socialista se unió al coro de los críticos el 10 de noviembre, cuando el gobierno de Lonardi estaba sumamente debilitado, pues había sido forzada la renuncia del general Bengoa, importante colaborador en las tratativas con los gremios, y su caída era prácticamente previsible.

[La solución dada a la situación de la CGT] pone en peligro el cumplimiento de los postulados de la Revolución y las posibilidades de alcanzar una pronta y efectiva restauración democrática en el país. [...]

[Resolvió:] Advertir con toda claridad que no ha de permanecer impasible ante situaciones que sólo pueden favorecer a grupos antipopulares que tratan de hilvanar en la sombra una nueva aventura dictatorial y crear obstáculos artificiales a la marcha depuradora de la Revolución<sup>126</sup>.

La última referencia a los nacionalistas no puede ser más clara. De lo expuesto a lo largo de este trabajo puede deducirse que la historia del intento de organización de un gobierno fascista o neoperonista es anterior a la caída de Lonardi, y fue creada por la izquierda sindical y política. Más tarde la tomarían los nuevos gobernantes para justificar el golpe palaciego y el propio Perón en sus publicaciones en el exterior, que llegaban al país clandestinamente con el objeto de desprestigiar a quienes pudieran pretender ocupar su puesto de liderazgo entre los obreros.

El 8 de noviembre por la noche los sindicalistas “libres” volvieron a asaltar y coparon la delegación cordobesa de la CGT<sup>127</sup>. Ante esto y otras situaciones por el estilo, Natalini y Framini enviaron un telegrama de queja a Cerrutti Costa y a Lonardi indicando que no se habían formado las comisiones de parte en los gremios tomados, no se habían nombrado los interventores

<sup>125</sup> LN, 3-11-55, p. 4, la cursiva es nuestra.

<sup>126</sup> LN, 11-11-55, p. 1.

<sup>127</sup> LN, 12-11-55, p. 1.

para las delegaciones ocupadas, y que continuaban los asaltos a los gremios<sup>128</sup>. Nada había cambiado cuando el 13 de noviembre Lonardi fue desplazado del poder y con él cayó su ministro Luis Benito Cerrutti Costa. Al día siguiente se inició una huelga a favor del general Lonardi, y la respuesta del nuevo gobierno fue la intervención de la CGT.

## 8. CONCLUSIONES

Cuando Lonardi asumió la conducción de la Nación en los días de la Revolución, con sumo realismo procuró un acercamiento con la importante porción del país que conformaba el mundo obrero. Para ello prometió y de hecho respetó las conquistas del período peronista. Al mismo tiempo, su ministro de Trabajo fue diseñando un proceso de democratización sindical por medio de elecciones libres fiscalizadas por el gobierno revolucionario. El resultado más probable de tal política sería un gremialismo en su mayor parte peronista legitimado por el sistema democrático. Lonardi esperaba que por ese camino Perón fuera pasando al olvido y los sindicatos aceptaran cumplir su rol específico alejándose de la política partidaria.

Dentro y fuera del Gobierno su liderazgo suscitó oposición entre quienes rechazaban la idea de un sindicalismo fuerte y entre quienes sabían que el resultado de las elecciones los dejarían fuera del manejo de los sindicatos una vez más. Unos y otros no estaban dispuestos a dejar que la oportunidad de la Revolución se les escapara de las manos.

Lonardi se oponía tanto a la destrucción del poder sindical como a la entrega de su conducción a quienes no fueran elegidos por éstos; a lo primero porque entendía que los gremios tenían su función en la sociedad, y a lo segundo porque pensaba que si Perón tenía alguna chance de retornar al poder, ella residía en el aglutinamiento de los obreros en torno a su figura. Destruir o entregar los sindicatos, según Lonardi, tendría ese resultado.

A cañonazos no conseguirán nada más que exacerbar a los obreros y fortalecer al peronismo, en forma tal que no sería extraño que dentro de seis meses estuviera nuevamente Perón en la Casa de Gobierno, o una guerra civil asolará al país<sup>129</sup>.

<sup>128</sup> LN, 13-12-55, p. 2.

<sup>129</sup> Al capitán de navío Rial pocas horas antes de ser depuesto, en LUIS ERNESTO LONARDI, *op. cit.*, p. 239.

Aunque Lonardi fue en el ámbito sindical, así como también en el militar, el fiador de que se buscaría un país sin vencedores ni vencidos, en realidad careció del poder y del manejo político para concretar su ideal de la democracia sindical. Sin embargo éste no era una ilusión fútil; por el contrario, provenía de una intuición profunda de la realidad de país. Para Lonardi la mayoría de los obreros era peronista, y tenía razón. Comprendía que era imposible destruir esa realidad por la fuerza, y que por ese camino el final sería el contrario al deseado: el retorno de Perón.

Luis Benito Cerrutti Costa no conocía a Lonardi antes de que éste lo llamara al Gobierno, y en muchos puntos, como en el de las ideas económicas, su pensamiento era distinto y hasta opuesto al del Presidente. Sin embargo, en el cumplimiento de su labor específica demostró una fidelidad fuera de lo común al ideal del general Lonardi que, por imposición de las circunstancias o por convicción personal, compartía. Pero, así como el Presidente carecía de poder para imponer su ideal, Cerrutti tampoco lo tuvo. Sin embargo se mostró hábil en la negociación y diligente en la puesta en práctica de las políticas específicas. Percibía claramente que en el Gobierno y fuera de él fuerzas poderosas atentaban contra su política, y hasta llegó a insinuarlo en discursos ampliamente difundidos. La existencia en el Gobierno de un grupo en clara oposición al punto de vista de Lonardi sirvió a Cerrutti Costa como un as a poner en juego en la relación con los sindicatos, por lo menos al comienzo, cuando éstos no se sentían suficientemente fuertes. Así, para el 17 de octubre Cerrutti había dado a entender que si se hacían manifestaciones el ala dura del Gobierno tendría la excusa para liquidar a la CGT. Aún con más claridad lo expresó ante la huelga del 2 de noviembre, pero en este caso sin resultado y la situación fue salvada por una maniobra del general Uranga que invocó la autoridad del presidente ausente. A pesar de los triunfos parciales, finalmente el tiempo se agotó y sus esfuerzos fueron en vano.

El principal apoyo a la política sindical de Lonardi, como bien dice Cavarozzi, provino de la propia CGT, que advirtió inmediatamente el carácter heterogéneo del Gobierno:

La tentativa de no perder las posiciones de control del aparato sindical a nivel nacional y local se apoyó en una doble movida: por un lado se admitió el “error” de la excesiva peronización de las organizaciones gremiales [...], y, por el otro, se trató de impedir que el alejamiento de Perón de la escena política argentina, en ese momento sentida por la mayoría de los actores políticos –incluidos los sindicalistas peronistas– como una desaparición definitiva, produjera una ruptura de la relación que se había establecido entre sindicatos y Estado durante la década anterior<sup>130</sup>.

<sup>130</sup> MARCELO CAVAROZZI, *Sindicatos y política...* cit., pp. 18-19.

Pero esta política estaba destinada al fracaso, porque todos los grupos que querían una completa desperonización del país –la izquierda política, la izquierda sindical, la derecha liberal, parte del Ejército y casi toda la Marina– no sólo estaban dispuestos a hacer caer al ministro, y en esto se equivocó *De Frente*, sino hasta al mismo Presidente. Esos grupos sometieron al Gobierno a una constante presión desde la lucha en la calle y a través de una prensa que el mismo Gobierno les había entregado. A cada triunfo de éste la respuesta era la opuesta a la que esperaba: más presión. También lo percibió así Samuel Baily:

Lonardi había proseguido una política de reconciliación con la joven generación de gremialistas moderados del peronismo, creyendo que era el camino más rápido para volver al país al gobierno constitucional de los civiles. Su política logró éxito en la medida en que obtuvo el apoyo de la CGT y la mayoría de los trabajadores, pero no alcanzó a resolver todos los problemas de la forma prevista. La facción de los militares liberales se lanzó al golpe en parte porque los peronistas todavía controlaban la CGT, luego de dos meses de ocurrida la revolución<sup>131</sup>.

Lonardi y quienes lo derrocaron tenían dos conceptos diferentes de democracia sindical. Para el primero significaba el libre acceso de todos los obreros a la elección de autoridades, tanto como elector como en el rol de candidato. Para los otros significaba eliminar al peronismo. Tiempo más tarde Perón valoraba los beneficios que había obtenido del cambio que se produjo tras la salida de Lonardi del poder:

He operado sobre las torpezas de estos vándalos [...] Si hubieran elegido el camino de la Justicia Social, siquiera moderada, y aún fuese a título de recurso demagógico, yo hubiera perdido irremediamente la partida<sup>132</sup>.

Sobre el resultado que hubiera tenido el planteo del jefe de la Revolución Libertadora nada podemos decir como historiadores, pero su fracaso produjo el resultado vaticinado por Lonardi: la persecución de los peronistas, la división del país y el desgaste de los gobiernos carentes de legitimidad en un país que había optado por el sistema democrático trajeron la guerra civil, recrearon el mito del líder y, en 1973, Perón regresó.

<sup>131</sup> SAMUEL L. BAILY, *op. cit.*, p. 179.

<sup>132</sup> ENRIQUE PAVÓN PEREYRA, *Conversaciones con Juan D. Perón*, Colihue/Hachette, Buenos Aires, 1978, p. 135

**ABSTRACT**

In September 1955, General Eduardo Lonardi became the last minute leader of the Revolución Libertadora, military coup that sent Juan D. Perón into exile. In the midst of combat he proclaimed himself President and immediately started addressing workers in order to establish a feasible dialogue. After stating in his first speech to the Nation that his main aim was to reestablish the civil and political rights, moved by his democratic beliefs, he started an uncertain road towards the democratization of the Labor organizations, Peron's movement proclaimed backbone. The strife that put face to face the excluded minority left labor leaders and the peronist majority for the control of the unions became an important issue within a government divided between those who wanted to banish all that was peronist from the face of earth, and those few collaborators, as the Minister of Labor Cerrutti Costa, who followed Lonardi's lead in favor of a united Argentina. This article tries to show how this conflict evolved from the beginning to the 13<sup>th</sup> of November when another coup finished with the first government of the Revolución Libertadora, with a special focus on the development of policies towards the democratization of the Labor Unions that composed the General Confederacy of Labor (CGT).

# Del esplendor a la crisis.

## Las Misiones de guaraníes entre 1734 y 1744

ERNESTO J. A. MAEDER

Al finalizar el primer tercio del siglo XVIII podría creerse que las Misiones jesuíticas de guaraníes habían alcanzado su plenitud. Los distintos mapas de la época mostraban el amplio territorio en el que se distribuían los treinta pueblos que, según todas las noticias, gozaban de estabilidad y paz, configurando una vasta cristiandad indígena como no se tenía noticia de otra en América. Las Misiones aparecían ante el mundo como una especie de república cristiana, conducida por la Compañía de Jesús e insertada dentro de la jurisdicción y potestad de los reyes de España. Este cuadro casi idílico sirvió años después para que Muratori divulgara esta imagen por toda Europa bajo el sugestivo título de *Il cristianesimo felice nelle Missioni de'Padri della Compagnia di Gesù nel Paraguai*, pintura triunfante que pareció prevalecer en esos años<sup>1</sup>.

Sin embargo, la realidad histórica que se corrobora en la década de 1730 dista mucho de parecerse a esa imagen estática de una sociedad feliz. Los problemas de la misma, agravados por conflictos externos y tensiones internas, concluyeron por provocar una crisis de proporciones. Crisis que, a juzgar por los términos de la carta que el Padre General dirigió en 1737 al P. Provincial del Paraguay, era profunda y afectaba incluso la misma continuidad de las Misiones. En dicha carta, el P. Francisco Retz no solo reseña desolado las calamidades que entonces afligían a las Misiones, como epidemias, hambres y disolución de costumbres, sino que a ello añadía:

Y si bien todo esto me contrista y aflige sumamente, no puedo negar me aumenta la aflicción y cuidado del fin de esas Misiones, con las noticias que me dan del sumo decaimiento de ánimo que todo esto ha causado en los misioneros, queriendo muchos dejar las misiones y mirándolas otros con suma tibieza y casi todos como cosa ya perdida [...].

<sup>1</sup> LUDOVICO ANTONIO MURATORI editó su obra en dos partes, que se publicaron en Venecia en 1743 y 1749. En las décadas siguientes fue traducida al francés, inglés y alemán y reeditada varias veces.

Los términos de la carta indican la gravedad de la crisis, que afectaba no sólo a las poblaciones guaraníes, sino a la misma provincia jesuítica. Una crisis de confianza en la perduración de su obra misionera, allí mismo donde se creía haber alcanzado los mejores frutos en esa labor.

Esta crisis de las Misiones no es desconocida en la historiografía. En otras oportunidades varios autores han señalado la incidencia que en ella tuvieron los problemas políticos externos, como la rebelión de los comuneros entre 1730 y 1735 y el conflicto por Colonia del Sacramento (1734-1737). Por nuestra parte nos hemos detenido especialmente en el estudio de la declinación demográfica que devastó a los guaraníes entre 1733 y 1740<sup>2</sup>. Es propósito de este artículo examinar los problemas internos que gravitaron en la vida doméstica de las Misiones en esa misma etapa. Entre ellos, el papel que le cupo a las distintas jerarquías de la Compañía de Jesús como a los propios guaraníes, frente a los problemas que entonces condicionaron el funcionamiento regular de los pueblos.

#### CONFLICTOS EN EL RÍO DE LA PLATA Y SU REPERCUSIÓN EN MISIONES

Las Misiones jesuíticas de guaraníes constituían un vasto distrito, en general aislado y relativamente autónomo, aunque en lo político, sus pueblos se hallaban bajo la jurisdicción de los gobernadores de Buenos Aires y del Paraguay. En razón de ello, los conflictos producidos en cada una de esas jurisdicciones concluyeron involucrando a las Misiones. Dos sucesos tuvieron especial importancia en esta década: el alzamiento de los comuneros del Paraguay y, en el Río de la Plata, el enfrentamiento con Portugal por Colonia del Sacramento.

Como es sabido el alzamiento comunero en Asunción tuvo diversas alternativas entre 1721 y 1735, en que fue definitivamente sofocado. La primera etapa (1721-1725) culminó con la prisión de José de Antequera y el restablecimiento del gobierno en Asunción. Directamente comprometidos en ese conflicto se hallaban tanto un sector del vecindario de Asunción como el Colegio de la Compañía de Jesús en esa ciudad, e indirectamente, los pueblos

<sup>2</sup> Dicha crisis fue planteada con toda franqueza por GUILLERMO FURLONG S. J., en *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires, 1962, pp. 631-632, aunque destacando las cuestiones políticas externas más que sus causas internas; MAGNUS MÖRNER, en *Actividades políticas y económicas de los jesuitas en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Paidós, 1968, pp. 125-133, también se detuvo en la crisis señalando la caída de la población guaraní y las arduas negociaciones sobre la cuestión del tributo y el sistema de administración de los pueblos.



de las Misiones de guaraníes, como uno de los motivos de la disputa. Tras un quinquenio relativamente tranquilo, se desató entre 1730 y 1735 una nueva etapa del movimiento comunero, bajo el influjo de Fernando de Mompox. La rebelión, tras una nueva expulsión de los jesuitas, concluyó dominada con el apoyo de las milicias guaraníes.

A su vez, en el Río de la Plata volvió a renovarse la disputa internacional por Colonia del Sacramento. Las autoridades de esta plaza portuguesa, fortificada y dotada de una importante guarnición, se negaban a precisar el límite territorial de su jurisdicción y utilizaban en su provecho los rebaños vacunos que pastaban en la Banda Oriental. La apropiación de esos recursos, que incluían también el patrimonio ganadero de las Misiones, se realizaba con el auxilio de las bandas charrúas y al amparo de la impunidad que reinaba en esas regiones virtualmente desiertas.

Desde Madrid se dispuso que el gobernador de Buenos Aires, Miguel de Salcedo, notificara a su par de Colonia el cumplimiento de la demarcación. Negada esta petición, Salcedo recibió el 18-IV-1735 orden de sitiar y tomar la plaza. Para ello requirió la cooperación de las milicias guaraníes. Después de veintidós meses de sitio infructuoso, se llegó a un armisticio y al abandono del asedio.

Estos dos procesos, a los cuales eran inicialmente ajenas las Misiones, tuvieron graves consecuencias para ese distrito. En el caso del Paraguay y entre 1732 y 1735, se movilizaron contingentes de 3.000 y 6.000 indios que se acantonaron entre los ríos Tebicuary y Aguapey, en temporadas de ocho y dieciséis meses respectivamente. Otra convocatoria dentro de ese mismo trienio reunió 5.400 guaraníes más durante otros siete meses. Por otra parte, se enviaron al sitio de Colonia 3.000 guaraníes en 1735, y a fines de ese mismo año otros 1.000 más. En marzo de 1736 se los licenció, despachándolos de regreso.

Las consecuencias de estas movilizaciones no tardaron en hacerse sentir. A lo largo de esos años las Misiones y particularmente los pueblos ubicados al sur del Tebicuary, como San Ignacio Guazú, Nuestra Señora de Fe, Santa Rosa y Santiago, padecieron directamente las consecuencias de la prolongada campaña de las milicias y de las tensiones generadas en el teatro de los sucesos. El alejamiento de los hombres de sus pueblos repercutió en la caída de la producción de alimentos. Pero mayor significación tuvo la desertión, la demanda de alimentos a costa de las poblaciones y la quiebra de la disciplina social en los pueblos y aun en los contingentes armados.

A ello debe agregarse otro problema que enrareció el ambiente, ya de por sí tenso en aquella época. Una serie de rumores, denuncias y planteos aludieron en esos años al presunto monopolio que los jesuitas tenían en las

Misiones sobre la mano de obra guaraní, en perjuicio del vecindario de Asunción. Y por otra parte, la acusación explícita de que el número de tributarios de Misiones era muy superior al acordado y que en razón de ello, los jesuitas defraudaban al fisco en cifras cuantiosas. La cuestión era muy grave, ya que ponía en duda ante la Monarquía el crédito que merecía la Compañía de Jesús<sup>3</sup>.

Estos temas tuvieron un largo trámite y difíciles negociaciones, que luego de muchas instancias se resolvieron en 1743, luego de verificarse la verdadera dimensión de la población tributaria y de reiterarse la confianza real en la administración de los jesuitas. Las inquietudes y las tensiones alimentadas por esas y otras denuncias y sospechas acerca de lo que verdaderamente acontecía en los pueblos, sin duda gravitaron en las decisiones pastorales que los jesuitas debieron adoptar en esos años en las Misiones.

#### CRISIS DEMOGRÁFICA Y SOCIAL

A las causas externas se agregará la vertiginosa disminución de la población guaraní, hecho que precipitará la crisis en las Misiones. Las cifras, en ese sentido, son elocuentes por sí mismas: los 141.182 habitantes que reunían los treinta pueblos en 1732, se redujeron a 73.910 en 1740. Ello significa que en el lapso de ocho años, se perdió el 47.7% de la población guaraní inicial. Una verdadera tragedia demográfica, que contribuyó a precipitar la crisis social.

La disminución de la población se produjo tanto por defunciones como por emigración. En el primer caso, la elevada mortalidad de esos años no fue consecuencia de bajas en la guerra sino producida por el hambre y las epidemias. La crisis alimentaria, por declinación en las siembras y pérdida de cosechas, se agravó en 1735 como consecuencia de la mortandad de los rebaños causada por las sequías y langostas en las estancias del Uruguay. A su vez, las epidemias de sarampión y de viruelas, iniciadas en los pueblos del sur y particularmente en Yapeyú, se extendieron a la totalidad de las Misiones, causando elevada mortalidad en 1734, con agudos rebrotes en

<sup>3</sup> La Real Cédula del 28 de diciembre de 1743 resume en sus considerandos este tipo de imputaciones y problemas. Su texto en PABLO HERNÁNDEZ S. J., *Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, I, Barcelona, G. Gili, 1913, pp. 466-495. A ello debe agregarse el informe de 1731 del corregidor Matías Angles y Gortari, que aunque ajeno a ese expediente, corresponde a esta misma época. Su edición en español se tituló *Los Jesuitas del Paraguay*, y fue editada en Asunción en 1896.

1738-1739. Los registros de los jesuitas anotan 10.130 fallecidos en 1734; 6.044 en 1735; 975 en 1736; 4.674 en 1737; 18.013 en 1738; 13.859 en 1739 y 4.499 en 1740. Más de la mitad de los fallecidos eran párvulos. En total, 58.194 víctimas de esas epidemias<sup>4</sup>.

No menos importancia que el hambre y las epidemias tuvo la emigración de los guaraníes. Como consecuencia del desorden en la vida comunal, introducido tras la forzada permanencia en los campamentos militares y la intranquilidad reinante en los pueblos, golpeados por el hambre y la peste, una parte de la población se dispersó y emigró. Un texto coetáneo así lo describe:

Los trabajos y miserias que han afligido este año han sido mayores que los del antecedente de 1734. El desparramo de indios e indias por la hambruna, que prosiguió y proseguirá, ha sido aún mayor. Los muertos que se hallaron por las pampas, pantanos y montes eran frecuentes; no pocos han sido comidos por los tigres y las muertes violentas entre los andariegos, tampoco han sido raras<sup>5</sup>.

El desbande de los guaraníes acosados por tantas calamidades se dirigió en varias direcciones. Por una parte los emigrantes se desbordaron hacia la periferia de los pueblos en busca de sustento, periferia en general despoblada donde corrieron la suerte ya descrita en el texto anterior. En algunos casos alcanzaron las chacras y estancias de los criollos, donde quedaron como peones sin ser denunciados. Emigración incipiente que se acentuaría con posterioridad a 1768.

Otros emigraron en grupos y llegaron a formar pueblos autónomos calcados sobre el modelo de las reducciones. Ejemplo de ello fue el pueblo de desertores guaraníes que se formó próximo a la laguna Iberá. Una detallada descripción del padre Bernardo Nusdorffer informa que en 1736 dicho pueblo ya estaba instalado, con veintitrés hileras de casas y poblado con guaraníes prófugos de trece pueblos; tenía organizado su cabildo, se mantenían en las devociones cristianas en la iglesia, aunque prevalecía entre sus habitantes la desorganización familiar y varios desórdenes en la administración del ganado. En los alrededores de la población dice “hay muchos desparramados como

<sup>4</sup> ERNESTO J. A. MAEDER y ALFREDO S. C. BOLSI han estudiado en su oportunidad este problema, con abundancia de datos y cálculos demográficos que amplían incluso estas cifras, en “Evolución y características de la población guaraní de las Misiones jesuíticas, 1671-1767”, *Historiografía* 2, Revista del Instituto de Estudios Historiográficos, Buenos Aires, 1976, pp. 113-150.

<sup>5</sup> MAEDER y BOLSI, *op. cit.*, p. 130.

ermitaños, que viven en las isletas de los montes, entre el Miriñay y el río Corrientes, apartados unos de otros, con sus mujeres”<sup>6</sup>. El pueblo no sobrevivió, ya que, como consecuencia de los robos de caballos, los vecinos de Corrientes cayeron sobre él, incendiaron sus ranchos y dispersaron a sus pobladores. En 1736 el cura de La Cruz envió a sesenta guaraníes armados al pueblo del Iberá para disuadirlos y logró la recuperación de doscientos cincuenta fugitivos<sup>7</sup>.

Un tercer ámbito de dispersión lo constituyó la frontera oriental. Esta región del actual Rio Grande do Sul, que comenzaba a ser ocupado por los portugueses y en cuyo territorio se hallaban las extensas estancias de las Misiones, atrajo también a emigrantes guaraníes. Nusdorffer los llama andariegos y noveleros, que se sumaron a las bandas de charrúas y marginales de todo tipo que vivían en esas campañas. Entre ellos, desertores de la expedición a Colonia y fugitivos de la peste y el hambre, integraron esos contingentes de

gente perdida, ya de españoles, ya de indios infieles minuanos, ya aun de los noveleros guaraníes, por ese interés de ropa y de otros géneros, se junta esta gente con ellos y viendo faltaba a los portugueses ganado vacuno, mulas y caballos, fue esta gente vagabunda animándose más por el interés [...] se juntaron en número bastante [...] espionaron a los pastores y estancias [...] comenzaron a cometer las estancias de Misiones<sup>8</sup>.

La disminución de la población por muertes y emigración, la subsistencia alimentaria amenazada y la desorganización social producida tenían que plantear, forzosamente, la revisión de la administración temporal y espiritual de los pueblos.

#### PROBLEMAS INTERNOS EN MISIONES

Si bien es cierto que los conflictos externos del Paraguay y de Colonia contribuyeron a precipitar la crisis demográfica y social que sacudió a las Misiones, cabe preguntarse por la situación interna de los pueblos y las responsabilidades que pudieron corresponderle a los jesuitas y a los indios en esta coyuntura.

<sup>6</sup> Sobre este caso, ERNESTO J. A. MAEDER, “Un desconocido pueblo de desertores guaraníes en el Iberá (1736)”, en *Folia Histórica del Nordeste* 1, Instituto de Historia de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia, 1975, pp. 101-107.

<sup>7</sup> Carta Anua de 1734-1743, inédita, fs. 272 y 568.

<sup>8</sup> BERNARDO NUSDORFFER, “Lo que pasa a las Misiones de los Indios Guaraníes con los vagabundos y portugueses ya de algunos años a esta parte en sus estancias de ganado vacuno y en lo demás. (1743)”, en ARCHIVO NACIONAL DE CHILE, *Jesuitas*, v. 190, pieza 4.

La información disponible sobre la vida doméstica es abundante y proviene, casi totalmente, de fuentes jesuíticas. Entre ellas, las cartas y directivas de los Padres Provinciales a los misioneros y las decisiones tomadas luego de las visitas periódicas que éstos realizaban a las Misiones<sup>9</sup>. A ello se agregan las cartas del Padre Prepósito General al Padre Provincial o al Padre Superior de Misiones, sobre asuntos que llegaban a su conocimiento por diferentes vías, y las directivas y preceptos que remitían desde Roma<sup>10</sup>. Las cuestiones planteadas en esa documentación atañen a los aspectos económicos y administrativos, tanto como a la labor pastoral seguida con los indios y a la disciplina interna de los religiosos allí establecidos.

Entre los temas económicos cabe destacar el deterioro de las existencias ganaderas, saqueadas en la frontera oriental o consumidas desatinadamente en los pueblos afectados por la hambruna. Ello determinó que en 1735 se reemplazara a los indios por capataces criollos en las estancias; que se regulara minuciosamente el precio de los animales, el costo de los peajes y que desde 1741 se prohíba a los pueblos proveerse de arreos de ganado comprados a los hacendados de Corrientes y el Paraguay.

La política de desdoblamiento de los pueblos excesivamente poblados, que tan buenos resultados había dado entre 1685 y 1718, fracasó en esta etapa. A principios de 1734 se había encomendado al P. Jaime Bonenti que realizara el traslado del excedente de población del pueblo de Loreto a un nuevo asentamiento, que se colocó bajo la advocación de San Antonio de Padua. En ese mismo año se inició la siembra, el trazado de la plaza y la preparación de las viviendas en el nuevo sitio, ubicado a media legua del río Aguapey, en territorio de la actual provincia de Corrientes. El P. Bonenti enfermó y fue reemplazado por el P. Antonio Estellez. Sin embargo, en las juntas celebradas

<sup>9</sup> Los Padres Provinciales realizaban visitas completas a los pueblos cada bienio, que en esta etapa se llevaron a cabo en 1729, 1731/2, 1735, 1737, 1739, 1741/2, 1744/5 y 1747. La duración de esas visitas era prolongada y demoraba entre cuatro y seis meses, aproximadamente. A su vez cada visita se detenía en cinco pueblos principales, a los cuales se convocaban para la ocasión a los curas y compañeros de las doctrinas más cercanas. En esos lugares se celebraban las Juntas, en cuyo transcurso se escuchaban los problemas existentes y se tomaban decisiones que luego el P. Provincial trasladaba a sus cartas y órdenes. Éstas en Cartas de los Provinciales (1623-1754), manuscrito en la Biblioteca Nacional de Madrid, MS 6976. Un extracto de lo tratado en las Juntas en el Libro de Consultas, Archivo General de la Nación (en adelante AGN) MS de la Biblioteca Nacional 62.

<sup>10</sup> Una copia parcial de esas Cartas, en particular las dirigidas por los Padres Generales Miguel Ángel Tamburini (1711-1727) y Francisco Retz (1730-1737), nos fue facilitada por el arquitecto Carlos Page, a quien agradecemos su gentileza.

en Concepción el 22-VI-1735 se debatió la conveniencia de continuar con esos trabajos, dado que la epidemia que diezmo a Loreto en esos años tornó inviable la división del pueblo. Desde entonces ya no se habló del nuevo pueblo de San Antonio de Padua<sup>11</sup>.

Otras medidas apuntan a un mejor ordenamiento interno, como la autorización para sacar maderas de los montes comunes (1730-1735), la visita periódica a las estancias (1733), el mantenimiento aseado de los tambos y capillas en los caminos (1732), la permanente dotación de barcos en los pueblos del Paraná y de canoas en los del Uruguay (1739), el cuidado y resguardo de las ramas de fuego y de destacamentos entrenados en cada pueblo (1741) o la proporción de ganancias que habría que aplicar a la venta de géneros remitidos por las procuradurías, configuran parte del listado de cuestiones económicas y administrativas que se debatían entonces en Misiones.

En cuanto a los indios, su fracaso en la gestión al frente de las estancias y la remoción periódica de los regidores en los cabildos, “por los inconvenientes habidos”, indican negligencia en ambos servicios; a ello debe agregarse el generalizado malestar e indisciplina que originaban fugas, raterías y violencias.

En lo que se refiere a la vida y labor pastoral de los jesuitas, las informaciones y medidas tomadas apuntan a corregir un cuadro que presentaba síntomas de rutina y estancamiento espiritual. Algunas costumbres y abusos son especialmente señalados, tales como restablecer la sencillez en los viajes (1731), no concurrir las congregaciones de Córdoba acompañados de séquitos de indios (1735), evitar la adquisición de ornamentos y vestiduras innecesarias y donar lo superfluo a las capillas necesitadas (1735), despedir a los sirvientes indios que vivían en la casa del cura (1725-1735), mantener un sereno permanente para avisar en caso de necesidades espirituales urgentes (1732), evitar litigios y resolver con rapidez los pleitos entre los pueblos (1732), moderar los gastos en las fiestas patronales; no enviar regalos a los

<sup>11</sup> Este episodio está referido en la Carta Anua de 1734-1743, inédita, en fs. 228 y 272 y en el ya citado Libro de Consultas, fs. 39v. Entre 1731 y 1733 Loreto tuvo una población que osciló entre 7.048 y 6.077 habitantes. La epidemia redujo esa población entre 1735 y 1736 a 4.284 y 1.937 habitantes, respectivamente. Esta política demográfica fue nuevamente planteada en 1744, año en el cual se consideró la posibilidad de dividir los pueblos de Santa Ana “con mucha gente” y también los de Nuestra Señora de Fe y de Santo Ángel. Para ello se acordó la previa consulta a los indios, sin que al parecer, se hayan concretado esas iniciativas, Libro de Consultas cit., fs. 140v y 143.

procuradores de Santa Fe y de Buenos Aires, para facilitar los trámites de compras y ventas (1744) y otras cosas por el estilo. Todo indica un cierto deslizamiento hacia la comodidad y una actitud que se parece más a la de administradores que a la de pastores de esos pueblos.

Pero la crisis y los comportamientos también evidencian otros excesos en la conducta de algunos curas, que fueron señalados con toda franqueza por sus superiores: el mal trato y castigos desproporcionados por una parte y exigencias desmedidas en el trabajo de los indios.

Las llamadas de atención en lo que se refiere a los castigos parecen ser anteriores a esta crisis. Lo mismo puede decirse de los *cotíguazú*, que en algunos lugares parecen haberse transformado en verdaderas prisiones. El despotismo o el carácter irascible de algunos curas dio lugar a medidas severas de remoción y castigo para los inculpados. También se determinó que cada cura se desempeñara sólo durante un quinquenio en cada pueblo. En 1735 el P. Provincial Jaime Aguilar reclamaba más afecto para con estos “pobrecitos [...] porque con mucho fundamento creo que una de las causas por que algunos pueblos están casi desiertos y sin gente es el estudiado o afectado rigor con que algunos tratan a los que por tantos males son atribulados”. Y en cuanto a las exigencias de trabajo, recomienda antes que los castigos, las “buenas razones, algún premio de comida o rescates, pagando bien a los que van a los yerbales el justo precio de su trabajo, no retardándose, ni minorándose, ni entrapándose con indignas sutilezas”<sup>12</sup>.

Los superiores también advierten que en algunos pueblos había descuido en la atención pastoral, especialmente en la catequesis de los niños y falta de solicitud para con los moribundos. Varios padres provinciales advierten “que se ha faltado mucho en algunos pueblos, lo que se conoce por la ignorancia que tienen de ello los mayorcitos”, insistiendo en que los curas asistan y vigilen esa instrucción (1735 y 1742). Y en cuanto a los moribundos, también está señalada en 1739 y 1742 esa negligencia. En una de sus cartas, el Padre Provincial Antonio Machoni ordena que se los visite y alimente y que “no se

<sup>12</sup> *Cartas de los Provinciales...* cit., del 23-IX-1735. El problema era ya antiguo. El Padre General escribía en 1713 aludiendo a la soberbia de algunos curas inobedientes o mandamás en los pueblos, cargando de trabajo a las indias con el hilado, por la vanidad de tener pueblos ricos y almacenes llenos. “En otros tiempos –decía– los indios de esa Provincia eran mirados de los padres como hijos; hoy ya padecen de los mismos trabajos y exacciones de que se quejan [...] hasta hacerlos trabajar en días festivos. No permita –le dice al Padre Provincial– que sean esos pobrecitos molestados con demasiado trabajo”.

haga con omisión y descuido, como lo he reparado en algunos pueblos, dando a los enfermos unos pedazos de carne hervida, sin un poco de maíz, ni una migaja de pan blanco que come el cura. ¡Quiera Dios que esto no sirva de confusión el día del Juicio!”<sup>13</sup>.

Todos estos problemas, repetidamente señalados en la correspondencia del Padre General y transmitidos en las cartas de los Padres Provinciales, ponen en evidencia que una parte de la antigua disciplina parecía haberse resquebrajado en las Misiones. Los señalamientos en algunos casos venían de antiguo y se los reiteraba en más de una ocasión. En 1734 el Padre General Francisco Retz se quejaba que no se llevara a cabo la rotación periódica de los curas,

sea por que los Provinciales no leen los despachos enviados a sus antecesores, o porque les falta valor para poner en ejecución lo que se manda, facilitando su omisión lo tarde que esto se sabe en Roma y lo más tarde que puede remediarse [...] y evitar con esa rotación aquel despótico dominio [que los curas] pretenden después de algunos años para conservarse en los curatos, especialmente si son pingües<sup>14</sup>.

#### LA RESTAURACIÓN DEL ORDEN MISIONAL

La difícil situación por que atravesaron las Misiones en la década de 1730, así como las críticas a que quedó expuesta la administración jesuítica en ese distrito movieron a sus autoridades a corregir con toda energía las causas del problema. Dicha reacción fue impulsada desde sus máximas jerarquías, romana y cordobesa, que buscaron con ello alcanzar “la restauración de las Misiones” y disipar la confusión en que se hallaba envuelta en ese momento<sup>15</sup>.

La diligencia y energía puesta de manifiesto por los Provinciales Jaime Aguilar (1734-1738), Antonio Machoni (1739-1743) y Bernardo Nusdorffer (1743-1747), así como por los P. Superiores de Misiones designados en esa misma etapa, permitieron que al cabo de una labor perseverante se lograra corregir muchas de las deficiencias, recuperar una buena parte de la población perdida y, sobre todo, restablecer el antiguo impulso misional<sup>16</sup>.

<sup>13</sup> *Cartas de los Provinciales...* cit., fs. 294 y 302.

<sup>14</sup> *Cartas del Padre General...* cit., Roma I, IV, 1734.

<sup>15</sup> Un papel muy destacado y enérgico le cupo a los Padres Generales Tamburini y Retz en la restauración del orden misional.

<sup>16</sup> Los Padres Superiores de Misiones en esa etapa fueron Jaime Aguilar (1730-1733), Bernardo Nusdorffer (1734-1738), Rafael Caballero (1739-1742) y José Vebersker (1743-



El listado de las medidas correctivas y ordenadoras de esos años es bastante extenso. Algunas ya han sido adelantadas en páginas anteriores. Pero para comprender el espíritu que movió esas iniciativas bastan algunos ejemplos. Los campos de aplicación de las mismas responden tanto al plano disciplinario y religioso, como al trato con los indios y la concordia doméstica, el reordenamiento económico o son medidas específicas, tendientes a restablecer la confianza de la Monarquía en la administración misional de los jesuitas.

Como correspondía al espíritu de la Compañía de Jesús, el camino de la enmienda comenzó por recordar a los misioneros sus obligaciones fundamentales. Entre ellas, la lectura y aplicación puntual del libro de usos y costumbres establecidas<sup>17</sup>. Y además renovar las oraciones ante las adversidades y predicar el rezo de la novena a San Francisco Javier, con su texto en guaraní (1735). También se disponía mantener estrecha vigilancia sobre los deberes pastorales y la observancia de las reglas, así como hacer la renovación de los votos con el debido recogimiento (1740). En todos los casos los Padres Provinciales apelan al llamado “orden antiguo”, constituido como el modelo a seguir en la restauración del espíritu misional<sup>18</sup>.

El trato con los indios y la paz interior merecieron también especial atención. Entre las medidas tomadas, tal vez las que mejor reflejan el cambio de actitud fueron aquéllas referidas al trabajo indígena. Desde tiempo atrás se les exhortaba desde Roma a no sobrecargar de trabajo a los indios. Ahora serán los Provinciales Aguilar y Machoni los que abordarán decididamente esta cuestión. Determinaron así que las obligaciones laborales de los indios se limitaban a lograr su sustento, pagar el tributo y ayudar a los enfermos y huérfanos. Es decir que su obligación tenía un límite y lo que excediera de

---

1746). Dos de ellos, Aguilar y Nusdorffer, llegaron a Provinciales con una experiencia previa en el gobierno de las Misiones.

<sup>17</sup> Se alude con ello a un registro titulado *Usos y costumbres comunes a nuestras reducciones, aprobados y confirmados por el P. Visitador Andrés de Rada*. El texto describe minuciosamente los horarios, devociones y distintas tareas pastorales y prácticas que correspondían a los misioneros allí destacados. Fue dictado entre 1663 y 1669. Texto inédito en la Biblioteca Nacional de Río de Janeiro, Colección Pedro de Angelis, I.29.8.24.

<sup>18</sup> En este aspecto, ya el Padre Provincial Jerónimo Herrán repetía lo ordenado por el Padre General, quien recordaba que “antes era otro el estado de las Misiones, cuando era más exacta su observancia. Vuestra Reverencia no ignora la importancia del asunto, cele su entero cumplimiento, ni deje a los transgresores sin la penitencia que merecieren”. *Cartas de los Padres Provinciales...* cit., 13-XI-1732.

ello no podía ser exigido y menos aun, sancionado con castigos<sup>19</sup>. El P. Aguilar, en una exhortación no exenta de dramatismo, había reclamado a los misioneros paciencia y caridad:

Ruego a vuestras paternidades, por las llagas de Cristo, que se vistan de compasión y gobiernen a estas almas con espíritu de blandura y amor, que es el único con que nuestros mayores, rigurosos sólo consigo mismos, los ganaron

y concluía:

ordeno estrechísimamente que no castiguen ni hagan castigar a hombre ni mujer alguna por ningún defecto o exceso que no llegue a pecado mortal. Y no es tal pecado, ni ninguno, el no querer trabajar para el común en obras, en sementeras, en tejer, en hilar o hacer yerba y otras semejantes faenas<sup>20</sup>.

Este planteo comprensivo no dejó de suscitar dudas en su aplicación, ya que la falta de alimentos hacía que los curas exigieran un mayor rendimiento laboral por parte de los indios. Ello se hizo presente en la visita a las Misiones de 1735, en la que se acordó que todos los indios hicieran sus *abambaé* o chacras familiares y que los muchachos de 15 y 16 años fueran obligados a ese trabajo antes de casarse “pues en estos tiempos depende de esto la conservación de los pueblos”<sup>21</sup>.

La misma paciencia se requería de los curas para con los prófugos, considerados como hijos pródigos; el disimular daños y hurtos de menor entidad “que no lleguen a pecado mortal”, así como demostrar estimación y respeto por los caciques. Todo ello en una política tendiente a restablecer la concordia dentro de los pueblos<sup>22</sup>.

<sup>19</sup> Según el P. Antonio Machoni, el indio “debía ser persuadido de sus obligaciones, advertirle que la ociosidad era una culpa grave y que el misionero debía determinar con prudencia si correspondía castigo, y que éste se aplicara con la moderación debida”. *Cartas de los Padres Provinciales...* cit., del 28-VI-1740.

<sup>20</sup> *Cartas de los Padres Provinciales...* cit., Candelaria, 23-IX-1735.

<sup>21</sup> No obstante, algunos meses después se hizo consulta en Córdoba ante la noticia de que cuatro o cinco curas azotaban a los indios que no acudían a las chacras comunes o *tupambaé*, pese a haber oído las exhortaciones del Padre Provincial. En esa consulta del 20-XI-1735 se escucharon varias opiniones y el P. Aguilar dijo que les pondría el precepto. Esto significaba un mandato u orden por el cual el superior intima o hace observar su cumplimiento a sus súbditos. Libro de Consultas cit., fs. 45. En la visita de 1741 se volvió a tratar el tema y explicar el precepto que prohibía obligar a los indios a trabajar fuera de su propia chacra, así como los problemas que ello ocasionaba en la producción. *Libro de consultas...* cit., Santa Rosa, 1-X-1741.

<sup>22</sup> Si bien en estas cuestiones prevalecía la lenidad, no se omitía el castigo al indio sorprendido en su huida con mujer ajena. *Libro de Consultas...* cit., visitas de 1735 y 1742.

En el orden económico también se corrigieron muchas cosas en lo relativo a compras, precios, fletes, peajes, limitándose el equipamiento a lo indispensable y llegándose a prorratear entre los pueblos deudas pendientes con el oficio de Buenos Aires. Se desterraron así comportamientos que no fueran solidarios, como ocurrió en la visita de 1741, en la que se recomendó “que a los pueblos necesitados se los socorriera de limosna y no por deuda acreditada, ya que no se podía pedir el pago al que carecía de recursos, en la calamidad presente”<sup>23</sup>.

Una de las medidas más eficaces fue detener la declinación de la ganadería, diezmada en la mayoría de los pueblos. Para ello se crearon entre 1735 y 1737 dos grandes estancias en San Miguel y en Yapeyú, para desde ellas surtir al resto de los pueblos. En esa oportunidad se debieron comprar en Buenos Aires y otros lugares 40.000 reses para cada una de ellas. El P. Superior quedó investido de plena autoridad para velar por el cuidado y aumento de esta reserva. Esta previsión dio buenos resultados y en abril de 1741 se autorizó a sacar de allí una crecida cantidad de animales, ya que unos doce pueblos recibieron a título de donación para restablecer sus propias estancias entre 4.000 y 5.000 cabezas cada uno de ellos<sup>24</sup>.

La experiencia pasada requería también tomar otras previsiones adicionales, ante el temor de que aun esos rebaños llegaran a agotarse. El P. Provincial Antonio Machoni dispuso que en todos los pueblos se hicieran “grandes sementeras para que los indios se acostumbren, restringiéndoles poco a poco la carne”. Buscaba con ello una dieta más equilibrada y un retorno a las prácticas agrícolas tradicionales de los guaraníes<sup>25</sup>.

Finalmente, quedaban varias cuestiones internas por resolver, algunas de las cuales se tornaron urgentes a partir de la Real Cédula del 28-XII-1743. Entre ellas la permanencia de jesuitas extranjeros en las Misiones, la custodia de las armas de fuego en los pueblos, la enseñanza del castellano a los indios y la necesidad de contribuir con el diezmo a los diocesanos.

La presencia de jesuitas extranjeros siempre había suscitado resquemores entre los españoles. En alguna ocasión habían llegado al P. P. General noticias de desavenencias atribuidas a curas extranjeros, que imponían en sus doctrinas usos y costumbres ajenas a la tradición hispana. “No tengo palabras para expresar el dolor y desagrado que me causaron esas noticias”, decía el Padre

<sup>23</sup> *Libro de Consultas...* cit., f. 115.

<sup>24</sup> *Libro de Consultas...* cit., f. 118.

<sup>25</sup> *Cartas de los Padres Provinciales...* cit., del 7-III-1742.

Retz; y seguidamente ponderaba la gravedad de que esas noticias llegaran a oídos del Consejo de Indias y del Rey “con daño y ruina total de las Misiones y descrédito de la Compañía”. Ordenó pues “sacar de inmediato a esos sujetos”<sup>26</sup>.

Al margen de estos casos circunstanciales, se cuidó de colocar siempre el retrato de Rey en las armerías, custodiar las armas de fuego y mantener en vigencia únicamente los usos y costumbres practicados en España<sup>27</sup>.

La enseñanza del castellano y el pago del diezmo se plantearon inmediatamente después de conocida la Real Cédula de 1743. En la visita del P. Provincial en octubre de 1744 se pidió el parecer de los curas y consultores sobre ambos temas: “que se procure que los indios hablen castellano, por convenir así al Real servicio, como a la Compañía para desvanecer las calumnias que se han suscitado en este punto”. Y en cuanto al diezmo, se pidió que se le hiciese saber el modo y la forma con que los indios podrán contribuir con alguna parte de esa donación<sup>28</sup>.

La solución adoptada y los medios para lograrlo exceden en ambos casos a la época tratada en este artículo. Baste saber que en 1750 se acordó que cada una de las treinta doctrinas contribuyera con 100 pesos en concepto de diezmo. Y que los progresos en materia de enseñanza del español resultaran escasos luego de las dificultades que ocurrieron tras el alzamiento guaraní que sobrevino después del tratado de Madrid de 1750.

<sup>26</sup> Carta del Padre General Francisco Retz desde Roma, del 13-XII-1732 al Padre Provincial Jerónimo Herrán. Esta preocupación volvió a reiterarse en otra carta del 15-VII-1737, en la que alude a que la diversidad de nacionalidades pudo haber contribuido a ciertas desuniones y querellas en las Misiones. *Cartas de los Padres Generales...* cit. De todos modos, es evidente que la presencia de los jesuitas extranjeros, si bien pudo incluir algunos deslices como el citado, contribuyó significativamente al desarrollo de las Misiones en las más diversas expresiones de la vida artística y pastoral.

<sup>27</sup> Con ocasión del conflicto de los comuneros, se había incrementado el armamento en las Misiones. Según la Carta Anua de 1734-1743, se habían adquirido entonces 893 escopetas, 2 cañones de 3 varas de largo, 8 cañones pequeños, 675 libras de pólvora, 20.116 libras de plomo, 4.383 lanzas, 401.863 saetas con punta de hierro, 490 espadas y una dotación de 5.926 caballos y 2.726 mulas, “todo para esta guerra”, *op. cit.*, fs. 244v.

<sup>28</sup> *Libro de Consultas...* cit., fs. 143-144.

## CONCLUSIONES

De lo expuesto en estas páginas se desprenden las siguientes conclusiones:

1° En la década de 1734-1744 las Misiones jesuíticas de guaraníes atravesaron una de las crisis más profundas de su historia. Buena parte de la misma fue provocada por la participación de los guaraníes en dos conflictos ajenos a su jurisdicción, en el Paraguay y en Colonia del Sacramento, hechos que contribuyeron a alterar la vida regular de las Misiones, alejar de ellas contingentes crecidos de indios y concitar sobre la administración de los jesuitas informes y críticas tendientes a desacreditarlos ante la Monarquía.

2° A ello se sumó una serie de calamidades interiores que agravaron el cuadro: epidemias, hambres e indisciplina social que se tradujeron en emigración y fuerte caída de la población guaraní, disminuida en pocos años a casi la mitad de la existente al comienzo de la década.

3° A la suma de estos factores se añade una serie de deficiencias y excesos en la atención de pueblos por parte de los misioneros jesuitas. Y si bien este problema no llegó a ser general, las autoridades de la Compañía de Jesús lo advirtieron en diferentes oportunidades. Según esas evidencias, las Misiones parecen atravesar en este momento crítico una administración centrada más en los intereses materiales que en el servicio pastoral de los indios, tal como lo exigía la vocación de los propios jesuitas.

4° Ante la evidencia de la crisis y la necesidad de restablecer el antiguo orden misional, las autoridades de la Compañía actuaron con energía, procurando la separación de quienes no eran idóneos en ese ministerio, recuperando buena parte de la población guaraní, restableciendo el orden y los servicios pastorales y procurando, a través de una política de mayor sensibilidad, restablecer la concordia interior y la confianza de la Monarquía en su gestión misional. El dictado de la Real Cédula de 1743 corrobora en buena medida que ese logro parece haber sido alcanzado. Y que las Misiones se hallaban en franca recuperación tras la crisis de la década pasada.

## ABSTRACT

During the 1734-1744 decade, the Guaranies Jesuit Missions underwent one the most serious crisis they had ever suffered, specially when they thought they had reached the summit. At that time, some conflicts foreign to their jurisdiction in Paraguay and Colonia del Sacramento arose, as well as some internal calamities, demographic drop and serious deficiencies in the pastoral services rendered to people. The strong and efficient participation of the different hierarchies of the Society of Jesús ("Compañía de Jesús") allowed to restore the so-called "old order" and surmount the crisis.